

# **“PANZA VERDE”**

## **CUENTOS ERÓTICO - MACABROS**

José Luis Najenson

**“No nos une el amor, sino el espanto”**

**(Jorge Luis Borges)**

**“Toda gran literatura es también erótica” - afirmó Mario Vargas Llosa en un célebre banquete. Le pregunté: ¿Y la de Borges? -“Es la excepción que confirma la regla”- me respondió.**

**Le dije, a mi vez: Nuestra generación perdida, cripto-borgiana, cultiva lo erótico y lo macabro, quizá porque Borges no lo hizo nunca; otra curiosa forma de rendirle homenaje.**

## INTROITO

Lo macabro, atributo de discutida etimología, no sólo abarca el crimen y su entorno tenebroso sino todo lo relativo a la muerte. En este sentido lato, incorpora ámbitos afines como la pudrición y está asociada a ciertas alimañas, sabandijas y a todo lo inmundado. Por su amplitud se acerca al concepto moderno de lo “negro”, sin conformar un género literario ni ceñirse tampoco a lo policial. A veces linda con los seres fabulosos o mitológicos como las brujas y con todos los monstruos, naturales o inventados, incluyendo los engendros cibernéticos.

Frecuentemente se inserta en lo erótico porque, como afirmaba el Marqués de Sade, “el amor conlleva la muerte y el sexo, a menudo, la violencia”.

Pero lo macabro, hilo que enhebra estos cuentos, nos recuerda también que somos la única especie del mundo que sabe que ha de morir, que tiene la certeza de la muerte, aunque muchas veces lo olvide. Por eso, así como el amor suele vencer a la muerte, el humor a veces puede conjurar lo macabro; sobre todo el humor negro, solapado, subterráneo, remedo de la mueca de la calavera.

\* \* \*

## “PANZA VERDE”

### I

Como todas las mañanas, Mara comenzó su jornada yendo a misa y después recaló en su café preferido para desayunar. En aquella somnolienta capital de provincia no había mucho que hacer a la noche, por lo cual era preferible aprovechar la luz del día, incluso para el adulterio –pensó, riendo de su propia ocurrencia.

En el café “Estanislao López” ya la esperaba Román, su escritor más exitoso y el único que aportaba ganancias substanciales a la editorial, cuyo curioso nombre era “Panza Verde”. Ella misma lo había escogido, suponiendo que resultaría atractivo en un país de tomadores de mate, en el cual los habitantes de su propia ciudad y provincia se destacaban como tales. Román lo había objetado, porque así se les llamaba también a un caudillo montonero asesinado de la provincia vecina, río de por medio, en el siglo XIX, y a sus seguidores, debido a que sus uniformes blancos se teñían de verde al arrastrarse por las cuchillas de su tierra natal. No seas localista - había contestado ella- panza verde por dentro o por fuera, da lo mismo, la cuestión es que se venda. El nombre pronto se impuso, conquistando tanto a los adictos al popular brebaje como a los que no lo eran, en todo el interior del país.

En ese café servían incluso la variante del “mate cocido”, una infusión de la yerba que también lucía el inconfundible color verde, algo más claro cuando se lo cortaba con leche.

Dos mates cocidos con medias lunas -le pidió Román al mozo al ver entrar a Mara. Era lo habitual. Y en el momento en que el singular aroma de la yerba mate superó al de los cigarrillos, ella volvió a repetirle su demanda de todos los días, desde hacía un par de años:

- ¿Para cuándo la nueva novela? Tus lectores no van a esperarte eternamente, y al final te abandonarán...
- Un escritor puede tener períodos de silencio, de meditación sobre su obra, o simplemente estar agobiado. No sé cómo no podés entender algo tan simple. Juan Rulfo, el mexicano, escribió una sola novela breve y algunos cuentos, lo cual no desmereció su fama.
- Él tuvo la suerte del boom, pero tu fama no está tan cimentada como para dormirte en los laureles. Fuera del país no te conoce nadie, y ni siquiera te leen en la Capital Federal. Tampoco tenemos recursos para aguantar mucho tiempo, bien sabés que sos el único sostén de la editorial.

Román se mesó la canosa barba con exasperación y contempló piadosamente cómo la amargura de su amiga pronunciaba las arrugas del agraciado rostro.

- Si yo hubiera tenido algunos años menos -pensó- habría tratado de conquistarla...-Pero él le llevaba más de dos décadas, y ella se había convertido ya en una solterona insufrible- ¿Porqué no me habré animado a hacerlo antes - se recriminó calladamente, mirándola a los ojos, de un sepia dorado con reflejos ígneos, sabiendo que eso la desarmaba. -Ni siquiera he intentado poseerla - siguió meditando- quizá por su fama de casquivana, que me intimidaba. De todos modos -concluyó- aquello no hubiese tenido éxito...- Él era entonces demasiado tímido, audaz sólo en sus libros, mayormente eróticos; y ella, su inconfesado pero obvio modelo, heroína y villana a la vez de todas sus novelas, demasiado independiente.

- ¿Por qué no me contestás? -protestó Mara, al verlo tan impenetrable- ¿es tu nueva forma de hacerme rabiar?
- Lejos de mi ánimo. Estaba abstraído pensando en porqué nunca nos acostamos, teniendo todas las condiciones a nuestro favor, amistad, vigor y ocasión...
- “A la vejez viruelas”. ¿Perdiste la timidez al mismo tiempo que la musa?
- Quizá, pero bien podría reemplazar a la olímpica dama por una de carne y hueso, a lo mejor me vuelve la inspiración...
- Si te imaginás que voy a darme revolcón con vos, vas muerto. Y no me digas que podemos pasar desapercibidos, aquí todo se sabe. Esta ciudad no dejó de ser la aldea que fue siempre, desde la época del General Estanislao López, quien tenía más hijos ilegítimos que gauchos en su montonera.
- ¿Por qué no nos vamos a almorzar una buena boga asada a Santo Tomé, empujándola con un par de porrones de la mejor cerveza del mundo, la de nuestra provincia?
- Es una buena idea, tal vez el alcohol logre lo que no puede la palabra...
- ¿Cuál de ambos propósitos, el tuyo o el mío?
- Allí veremos...

Algo estimulado por esa ambigua promesa, Román volvió a su casa decidido a continuar, por enésima vez, su novela interrumpida. Pero todo fue en vano; después de romper varias hojas, cerró la máquina de un golpe y se quedó mirando el paisaje desde su privilegiada ventana, hasta que llegó la

hora de partir. El río parecía una enorme empalagua insaciable, que devoraba las islas como si fueran bestezuelas desprevenidas.

## II

Mara regresó al editorial, azuzada por una idea repentina:

- Si lo seduzco -reflexionó- quizás se anime a continuar su novela inconclusa, con más bríos. Total, ¿qué le hace una raya más a la tigresa?
- Y mirándose en un espejito rococó que portaba en la cartera, se desabrochó el segundo botón de la blusa, dejando casi al descubierto sus senos pardos y turgentes.

A la una en punto pasó Román a recogerla con su viejo Ford 40, una antigualla que había heredado de su padre y mantenía a fuerza de paciencia y artesanía mecánica. Atravesaron la nueva ruta que unía Santa Fe de la Vera Cruz con Santo Tomé, una villa de pescadores en el cruce de dos ríos. A lo lejos, el vetusto Puente Colgante, ya en desuso, entregaba su esqueleto de herrumbre a la ferocidad del sol santafesino. La tremenda humedad en medio del verano, a esa hora, generaba una especie de niebla caliente, como la de los baños de vapor, impregnada por el olor pútrido y dulzón del Paraná en esa franja fangosa.

Una pléyade de mosquitos y jejenes entreverados con la niebla, zumbaba como una extraña orquesta de trompetas. Imitando a los lugareños, se untaron las partes descubiertas del cuerpo con un ungüento repelente, que

superaba todos los olores salvo el de la carne asada. Abajo, en la ensenada, las bogas enormes, desmesuradas como el río que las albergaba, se cocían al fuego de las brasas, aumentando el calor y enrareciendo aún más esa atmósfera de caldera del diablo. Antes de empezar siquiera a comer, acabaron con los dos primeros porrones de cerveza que habían traído consigo.

El adobo chirriaba sobre el dorso brillante de los pescados recién extraídos del agua. Las bogas, con sus aletas violáceas, dientes festoneados y forma cilíndrica, de considerable tamaño, remedaban monstruos antediluvianos, pero tenían un exquisito sabor, distinto al de los demás peces del río. No alcanzaron a terminar ni siquiera la media boga que les sirvieron sobre una estera de juncos, a pesar de haberla empujado con otros dos porrones de cerveza debido al calor sofocante de la costa.

- Es como un anticipo de lo que sería comerse al Leviatán -  
dijo Román- lo cual sólo será posible al final de los tiempos.

Luego se alejaron de la villa buscando un sitio para dormir la siesta. El rumor del río oscuro, turbulento, siempre saliéndose de madre, invadía la mente y exacerbaba los sentidos. En una angosta playa solitaria, de repente, Mara se sacó las ropas lanzándose al agua, y su cuerpo moreno refulgió un instante sobre el lomo líquido, como si fuera otra boga gigantesca convertida en sirena. Antes de que Román atinara a hacer lo mismo, ella ya estaba de vuelta en la barrosa arena con todos sus encantos al aire. Entonces comenzó a desvestirse al desprevenido escritor, la verdadera pesca de la jornada.

El no supo si aquello estaba ocurriendo de verdad, o si se había metido en alguna de sus novelas. Pero tuvo que admitir que Mara era mejor que todos

sus personajes femeninos, a los que había creado “a imagen y semejanza” de ella, sin saberlo, y con suma minuciosidad, como si fuesen personas vivas. La editora había actuado hábilmente, para hacerle perder su timidez, jugando a que era su prisionero. Le ató las manos con su pañuelo a un arbusto bien arraigado en la terrosa arena, y amenazó con clavarle las uñas si no obedecía a sus deseos.

Para darle mayor verosimilitud a su amenaza, le hundió un dedo en la boca, otro entre el esternón y el ombligo, y después lo fue corriendo cada vez más abajo, hasta que sintió crecer al minotauro y lo metió en el laberinto. No hay laberinto comparable al de la mujer misma, arquetipo de todo laberinto. El resto fueron órdenes o súplicas precisas, como latigazos, amortiguadas por la pasión y el ardor de la siesta, mientras el ritmo se acompañaba con el vaivén del río como un latido primordial. El fin de la tarde los encontró a ambos desnudos en aquel Edén fluvial, transfigurado por el sopor y la niebla.

### III

Mas la musa de Román se negaba a regresar, y su aventura galante con la editora tuvo más bien el efecto contrario: todo lo que pudiera escribir, inventando escenas u orgías amorosas, palidecía ante el deslumbramiento que había experimentado con ella. Y el embeleso de nada le sirvió porque Mara se negó a continuar la relación de un modo permanente.

-Aprecio demasiado mi libertad -le había dicho- como para encerrarme en la jaula dorada del matrimonio, o aun en el cerco de un amorío prolongado. Cuando, a la larga, todo se supo, porque todo se sabía en esa “gran aldea” sin secretos, Mara no quiso casarse con él, a pesar del éxito sexual de la primera

vez. La novela, malparida desde el comienzo, nunca salió a luz. Román empezó a beber más de la cuenta, y su única actividad evidente fue cortejar a las jovencitas a la salida del Liceo; el resto del tiempo lo pasaba arrinconado en la taberna, o durmiendo la mona en su casa.

Transcurrido otro año igualmente estéril, la dueña de Panza Verde se vio en serios aprietos para mantener su empresa y se encontró pensando en lo que jamás se hubiera atrevido antes: el crimen. Matando a Román, obtendría los beneficios de su relativa fama, ya que tenía todos los derechos sobre sus escritos. La muerte, como siempre, elevaría por un tiempo el valor de su obra “finalizada”, y ella podría vivir de las ediciones y reediciones completas de sus cuentos y novelas. De esta manera se aseguraría, al menos, una vejez tranquila y bastante holgada.

Planeó el asesinato meticulosamente. Debería parecer un suicidio, al que Román se veía empujado por el infortunio de haber perdido la inspiración, y acuciado también por el exceso de alcohol. Su alibi tendría que ser impecable, permanecer en algún lugar con testigos visuales, salvo un intervalo durante el cual ella se trasladaría a la casa de él, para cometer el asesinato y dejar el arma en su mano: un cortapapeles muy agudo y filoso que el escritor tenía sobre su mesa de trabajo. Era lo único que podía fungir como arma, ya que él no poseía pistolas ni cuchillos de cocina. Tampoco tomaba remedios para dormir, que hubiesen facilitado la operación. El artefacto, además, era como un símbolo de su sedentaria profesión, y quizá lograría convencer a un jurado no muy exigente si tenía la suerte de incidir en ello sin despertar sospechas. Había una fecha en la que podía encontrarlo sin lugar a dudas: el 25 de mayo. Desde que ella lo conocía, al menos veinte años atrás, él se había recluido en su casa, día y noche, porque, según decía, aborrecía los desfiles militares.

Como faltaba poco para esa efeméride patria, pergeñó todo en relación a ella. Los festejos públicos le ayudarían a pasar desapercibida. Compró entradas para el Baile Municipal invitando a dos amigas a acompañarla. Y el mismo veinticinco, desde un teléfono público, le habló a Román, que vivía solo en su casa junto al río, diciéndole que le reservaba una sorpresa para la noche, e iría a visitarlo. El no le devolvió el llamado ni fue a verla a la editorial, aunque supuso que ella se había arrepentido y quería repetir la hazaña de Santo Tomé.

#### IV

Mara se despertó al alba del 25, y contempló el “sol de mayo” en su balcón, que también daba al río omnipresente. Sintió la magia de las banderas albicelestes en todas las ventanas y el olor, siempre retrospectivo de la infancia, de las empanadas que se freían para la fiesta. Recordó los desfiles de los cadetes de la base naval y todos los himnos y las marchas que se entonaban ese día, brotando de los altoparlantes de la Plaza San Martín o del patio del viejo Cabildo. Se vio a sí misma, abanderada de la escuela, entrando a la Catedral, bajo la mirada enternecida de todas esas madres y parientes que pujaban por ver a sus retoños en las inmaculadas filas, y salió a la calle, no sin antes prender la escarapela en su vestido.

Con un aire festivo que no había ostentado en mucho tiempo, vagó por la ciudad engalanada como si la viera por primera vez; parándose en cada quiosco o feria de damas para probar una empanadita picante aquí, otra dulce allá, y haciendo tiempo para el asado pantagruélico en la residencia del Gobernador. En ningún momento sintió remordimientos por lo que iba a hacer a la noche, sino más bien una pagana serenidad, y murmuró para sí el cesáreo refrán: “La suerte está echada”. Tuvo el buen tino de no asistir a misa esa mañana -hubiera sido incongruente ya que de todas maneras

estoy condenada por sólo haberlo pensado, admitió rememorando sus confesiones infantiles con el cura de la parroquia del barrio, quien insistía en que el pecado comenzaba con la intención.

En el asado, comió con voracidad todas las delicias de la cocina vernácula, chorizos, mollejas, morcilla, chinchulines, tripa gorda, y bebió sin límite, para eliminar cualquier inhibición que pudiera haberle quedado. La noche cayó de repente, como un presagio, y Mara, ya medio mareada por el vino, marchó a vestirse para el baile, que tendría lugar en los jardines del Palacio de Gobierno.

Román se despertó esa madrugada en su casa junto a la playa, con la resaca de la borrachera nocturna, y fue a echarse una fétida meada a la orilla del río.

Los ominosos remolinos lo atraían y estuvo a punto de arrojarse a las olas tornasoladas para despejar su cabeza. Pero, recordando qué día era, entró a preparar la yerba y el agua para los varios litros de mate y el balón de ginebra que se bebería, hasta la mañana siguiente.

Poco antes de medianoche, en el momento más animado de la fiesta, Mara se escabulló del Palacio aprovechando que sus dos amigas habían salido a bailar. Se arrebozó en un manto negro que le cubría el rostro y la mitad del cuerpo, y corrió por la calle desierta hasta la casa de Román. Él había dejado la puerta sin cerrojo, y al entrar ella lo vio tumbado sobre la alcoba durmiendo su borrachera. Tomó primero el cortapapeles del escritorio y, luego de despertarlo con un beso feroz, arrastró el cuerpo de Román hasta la playa, atándole las manos a la espalda como la primera vez. Se montó a horcajadas sobre él y ubicó el filoso instrumento entre el esternón y el

ombliigo, como si fuera una uña suya, e introdujo un dedo en su boca igual que entonces.

En el momento en que él gemía de placer con los ojos cerrados, le hundió el cortapapeles con inaudita fuerza, si bien se le resbaló un poco y en vez de clavárselo en el plexo le atravesó el vientre, de donde brotó a borbotones el agua verde del mate apenas mezclada con el alcohol y la sangre. Al verlo postrado creyó que ya estaba muerto, limpió cuidadosamente el mango del instrumento para borrar sus huellas digitales, mientras el flujo verde, siguiendo el declive del piso, llegaba hasta el mismo río. Al ver esto, musitó para sí: “Panza Verde, tiene verde hasta la sangre”. Y algo asustada por lo que había hecho, volvió velozmente al Palacio del Gobernador donde sus amigas seguían bailando sin haber notado su ausencia.

Le pareció que había cometido el crimen perfecto; sin embargo, la descubrieron aún antes de que Román pudiese hablar, pocas horas después, por las manchas verdes en los tacones de sus zapatos.

\* \* \*

## “AMOR EN EL PERIFÉRICO”

### A Julio Cortázar, In Memoriam

Julio vino a Coyoacán una tarde de lluvia, con la barba llena de cristales imaginarios. El Periférico se parecía a la ruta París-Marsella, con sus curvas voraces que sólo doblega la muerte. Pero sin el recurso de los incontables paraderos de aquélla, por donde, alguien como Julio, podía evadirse del espacio y el tiempo.

En cambio, el Periférico de la Ciudad de México es una trampa latente, dotada de movimiento perpetuo, y cualquiera no demasiado en sus cabales o subyugado por la melancolía, puede ser carne de sacrificio adicional al de los accidentes, ofrenda diaria para esos nuevos dioses no menos onerosos que los antiguos.

- ¡No puedo creer lo que he visto! – me dijo después de un par de mezcales ardientes – es como si el Valle de México se hubiera metido en mi cuento... vos sabés, el de “La Autopista del Sur”. ¡El Periférico es alucinante!
- Estaba pensando en eso – confesé – pero creo que es peor aún, no sólo por la mayor cantidad de víctimas que cobra, sino también por el “amok” que suele hacer presa de los volantes, sobre todo en un día de lluvia. Hay trechos en los que la velocidad no baja de ciento cincuenta, y cualquier detención inesperada o súbita puede provocar un desastre en cadena. Tampoco es posible retroceder hacia ninguna parte, y el chaparrón, más el encapotamiento del cielo en la tormenta, que ya no disipa el smog acumulado, obligan a

usar las luces aun de día. En suma, un infierno en la tierra que no lo hubiera imaginado ni el Dante.

- Como siempre, la realidad supera a la ficción, y lo que voy a contarte resulta sin duda mas patético que la ligera trama de mi cuento, piadoso al fin.

A través de la ventana abierta hacia el patio, se divisaban los muros de piedra argollados y el aljibe de la Casa Roja, que Cortés había mandado a construir para la Malinche (o Doña Marina) en Coyoacán. En la vasta sala de ventanales a la calle, ahora cerrados, habían hecho el amor, siglos después, Diego Rivera y Frida Kahlo.

Mientras contaba su relato, Julio no pudo desviar la mirada del único cuadro que había sobrevivido la devastación de aquella lúgubre casona, a la cual, por mucho tiempo, nadie había querido convertir en museo, a pesar de haber sido la primera vivienda de estilo español levantada con las piedras de Tenochtitlán.

- En una bajada del Periférico que parecía de montaña rusa de feria – comenzó Julio – dos autos paralelos delante nuestro, muy cerca uno del otro, competían por la raya del carril, haciendo brotar insulto tras insulto de mi chofer: ¡"Hijos de la chingada! ¡Chinga tu madre!" Pero los inmensos cabriolés oscuros, casi idénticos en color y forma, se mantenían estólidamente delante, cerrando el paso y la visión. De pronto, por la ventanilla del coche que corría a la izquierda, se alzó el cuerpo de una mujer, aparentemente joven y quizá bella, hasta donde podía juzgarse en la penumbra de la niebla envolvente. Su inocultable designio

era arrojarse bajo las ruedas de los bólidos. El chofer que la conducía, trataba en vano de disuadirla, pero no podía abandonar el volante so pena de estrellarse contra el otro auto o el muro del Periférico a su siniestra. La mujer empezó a desvestirse, arrojando las ropas al pavimento una por una, hasta quedar del todo desnuda. Cuando era evidente que iba a saltar, un par de brazos salió del auto gemelo aferrándola por la cintura, y al mismo tiempo yo me asomaba por mi ventanilla, gritándole que regresara al interior del vehículo. No sé si algún drama ligaba a los dos coches, o si el hombre actuó por un repentino impulso. También ignoro si mi grito tuvo algún valor o sentido. Pero fui espectador de un raro encuentro, voyeur involuntario de un acto de amor desesperado, en medio de la pseudo-noche del Periférico...

Y sin bajar los ojos del retrato que colgaba de la pared del fondo, se interrumpió para preguntarme:

- ¿Quién es? ¿Y de quién? No está firmado.
- Es un secreto – le contesté mirando a mi vez el bello cuerpo desnudo y demudado rostro, al que una luna nubosa bordaba un halo de plata – pero a ti puedo decírtelo, ya que Frida ha estado muerta el tiempo suficiente. Es ella misma, como casi siempre en sus obras, pero asumiendo la agonía de la Marcyda, la esposa cubana de Cortés asesinada por él en esta misma casa. ¿Por qué me lo preguntas?
- Se parece a la del Periférico, aunque no puedo jurarlo.

- Las mexicanas tienen un aire de familia, un común arrobo trágico de doble herencia, azteca y castellana, pueblos enamorados de la muerte, cada cual a su modo.
- ¿Y la otra; Malintzin, o la Malinche, dónde estaba?
- Aquí mismo, con Cortés, festejando el primer año de la conquista de México. Y como trasfondo, en el patio agobiado de buganvillas, sus capitanes desfloraban esclavas indias. Ese magnífico entorno tras las figuras centrales imita el estilo de los tlacuilos, artistas geniales del Imperio Azteca ¿Pero qué paso con la pareja del Periférico?

Apartando con dificultad la vista de la Mar cayda, cuyo rictus de muerte apenas desfiguraba la hermosura del rostro y perfección del cuerpo, Julio prosiguió:

- La mujer trató al principio de desprenderse, buscando el asfalto torturado por la voráGINE metálica, pero él la sostenía firmemente, y se fue irguiendo hasta quedar abrazado a ella, ambos con casi tres cuartos del cuerpo fuera de las ventanillas contiguas. El chofer del hombre miraba hacia delante y al espejo, alternativamente, quizá para no perder el paralelo de la marcha. Y cuando los ojos de ambos jóvenes se encontraron, en el vértice de aquel ángulo humano, sus bocas ya habían sellado un pacto. Sin aflojar la fuerza de su agarro, él la fue recorriendo prestamente con los labios ya cómplices, desde la airosa garganta al delta espeso que se perdía en las molduras de la ventanilla. Y cuando ya estaba por devolverla al interior de su propio coche, con un suave empujón en los hombros, ella se alzó de nuevo para repetir el rito aéreo, y el hombre

tuvo que apelar otra vez a toda su fuerza, sin duda descomunal, para que ambos no cayeran bajo las ruedas vibrantes.

Nuevamente absorto en el abismo de aquella pintura sin igual, Julio volvió a indagar después de un largo silencio:

- ¿Y esa sombra, detrás de la Mar cayda, qué o quién es?
- Ya lo has adivinado con tu pregunta anterior, la Malinche. Pero sólo aparece bosquejada en la curva de una cadera morena, bajo el huipil, y una mano que se posa sobre la de Cortés, todo espalda. Si te fijas bien, ella le deja algo en la palma: un fruto de peyote, ese peligroso tesoro de los sacerdotes aztecas.
- La intención no es clara. Aunque lo más impresionante es el rostro de la Mar cayda, que ya está mirando desde la muerte. Así también parecía mirar la mujer del Periférico, un segundo antes de que el hombre la detuviera en su inminente caída.
- ¿Y que pasó después de la segunda “asomada”, para decirlo con un eufemismo?
- Volvieron a repetirlo una y otra vez, sin importarles el peligro o la gente, hasta caer en una suerte de éxtasis, como estatuas enfrentadas.
- Esto se parece, en cierta manera, a una presunta extravagancia atribuida a Rivera y la Kahlo, sobre una silla de ruedas; si bien el pleno romance entre ambos no

coincide con la época en que ella debió usarla. Pero aparte de ti, ¿alguien vio a la pareja del Periférico, o les dijo algo?

- Curiosamente, nadie más que yo parecía haberlo observado todo.
- De ninguno de los coches vecinos hubo el menor signo de que se hubiesen dado cuenta.
- ¿Y tu chofer?
- Si he de creerle, tampoco vio nada. Estaba más preocupado por las luces y paragolpes de los coches que de lo que pasaba en su interior, o en este caso, en su exterior. Quizá lo mismo que todos. Quizá, también, lo mismo que en todas las cosas de este mundo.
- ¿Qué quieres decir?
- Que muchos hechos extraños pasan desapercibidos porque no hay un observador adecuado en el lugar y tiempo precisos. Un “voyeur” del mundo, o, si querés, de “otro” mundo...
- Papel que bien le cuadra a los escritores, quienes lo ven todo desde un ángulo inusitado, “inédito”, valga la implicación, hasta que lo escriben.
- O a los pintores, u otros artistas. Ese cuadro de Frida Kahlo es como una precognición de esta tarde. El hombre de espaldas, la mujer desnuda y abierta al viento, la sombra de la Malinche, el desorbitado sueño del peyote. La ambigüedad de toda la escena. Es claro que el peyote puede ser tanto bálsamo como veneno...
- Ahora entiendo por qué dijiste que la intención no era clara. La instigadora provee el medio de olvidar la culpa. La

otra mano de Cortés, casi invisible por el guantelete de hierro, aferra a la víctima.

Pero lo del peyote puede ser también un acto de relativa piedad para que ella, la Mar cayda, no sufra.

- O bien el medio para mezclar ficción y realidad, vigilia y sueño, como tal vez ocurría con los protagonistas de los coches gemelos, que parecían idos, obnubilados, como si también hubieran ingerido peyote.

Pero vos ibas a contarme algo de Diego y Frida, en una silla de ruedas...

- No descarto esta última semejanza, ya que ellos intentaron probarlo “todo” en la vida, como lo admitió la maravillosa Frida. Pero seguramente el hecho es apócrifo; se basa sólo en habladurías de los vecinos, quienes afirmaron haberlos visto haciendo el amor sobre la silla de ruedas, a toda marcha por el patio de esta casa, que entonces era mucho más amplio. Y dicen que fue poco antes de su separación definitiva, que sólo perfeccionaría la muerte. Lo cual cierra, en cierto modo, el ciclo. ¿Y los del Periférico, cómo terminan?
- De igual manera, quizá, que los otros remedos, incluido, en cierto modo, mi propio cuento de la Autopista del Sur: la bifurcación inevitable entre vida y muerte, u olvido, que es casi lo mismo. Las dos figuras estatuarias siguieron buscándose, inmóviles, el hombre de espaldas al mundo, a su acusación o halago. La mujer también de pie, frente a la nada. Hasta el momento final, en que una encrucijada del

Periférico los apartó de golpe, y sendos coches siguieron rumbos divergentes. La mujer quedó de nuestro lado y la vi arrojarse al asfalto espeluznante mientras su propio coche seguía su marcha y los autos que la arrollaron continuaban su camino como si nada hubiera ocurrido. Le grité a mi chofer que se detuviera, pero, como vos dijiste, en el Periférico no se puede dar marcha atrás.

\* \* \*

## CUCARACHOFOBIA, CUCARACHOFILIA...

“Quizá morimos sólo porque nadie  
quiere morirse con nosotros, nadie  
quiere mirarnos a los ojos”

(Octavio Paz)

Este relato constituye, entre otras cosas, una parodia de los congresos académicos, especialmente los del área de humanidades, aunque todos sus personajes son ficticios, así como la trama, y cualquier semejanza con la realidad se debe al azar literario.

Como segundo epígrafe, incluyo un poema mío que demuestra mi adhesión al bando de los que sufrimos de cucarachofobia, enfermedad menos abominable que la cucarachofilia y que los horrendos insectos que son la causa de ambas:

### LAS CAÑERÍAS DE LA NOCHE

“Las hondas cañerías de la noche  
siniestras, invisibles y secretas,  
instilan su patente oscuridad  
a lo ya oscuro. Gárgolas insomnes,  
descienden por las cloacas y los túneles  
para seguir mojando las raíces  
de la podredumbre. Y allá en el fondo,  
donde jamás ha llegado la luz,

ni mora ya el gusano ni la araña,  
ni la rata ciega, aún más abajo  
donde ni siquiera el moho sobrevive,  
resistirá la inmunda cucaracha.”

\* \* \*

## 1 . UN CONGRESO MUY ESPECIAL

Aquiles Pérez Vivanco, antropólogo de "primeras nupcias" -aunque también casado con otras musas- movió su copiosa melena color naranja en un lento gesto de negación.

-No -dijo sin hesitar- no entremos aquí. Hay cucarachas...

Era el quinto hotel que dejábamos atrás, cargados con nuestro equipaje bajo el sol implacable de Oaxaca (pronúnciese Oajaca).

-¿Hasta cuándo vamos a dar vueltas como posesos, y justo al mediodía?-se quejó Pedro Calicanto, historiador chilango<sup>1</sup>, agobiado bajo el peso de su maleta llena de libros.

Hasta que hallemos un hotel sin cucarachas. ¡Esas malditas, repelentes y viscosas bestezuelas!- le respondió tranquilamente Aquiles, jefe indiscutible de la expedición.

Al rato, nos detuvimos frente al que parecía ser el mejor hotel de la ciudad, al menos por fuera. Vivanco no necesitaba entrar; movió las aletas de su nariz, enarcó las cejas y dijo rotundamente:

-Acá tampoco, éste es peor aún que el anterior, pululan a montones. Las sentiremos crujir esta noche sobre las sábanas recién puestas, reptar por las serpentinas de los lavabos, recorrer los cajones donde pusimos nuestras prendas...Asquerosas, incansables.

-Te apuesto el almuerzo a que no encontramos ninguna -Tuncho Félix, arqueólogo al que llamaban Batman, quién sabe por qué hazañas exhumatorias, se mesó su poblada barba rubia con exasperación.

-Juegas con ventaja, de seguro sabes que la cucaracha es un animal nocturno, como el vampiro, y sale de noche. Durante el día se esconde en lugares sombríos y húmedos que sólo abandona si la perturban. Pero yo no necesito ir a sacarlas de sus pestilentes covachas. Apenas perciben mi

---

<sup>1</sup> Chilango: oriundo de la capital de México

presencia, huyen desesperadas en cualquier dirección. Yo sé dónde están, y cuándo; lo mismo les pasa a ellas, presienten el peligro, porque las aniquilo cada vez que puedo. Sea, acepto tu desafío.

-Tengo tanta hambre que me las comería fritas –bromeó Batman, a sabiendas del impacto que provocaría.

¡Que te aspen! -Aquiles reprimió una feroz arcada fulminándolo con la mirada- Además, te equivocas, las que en Oaxaca se comen fritas son una especie de hormigas, no las aborrecibles cucarachas. No existe ningún pueblo en el mundo capaz de comerse a esos bichos deleznales, prescindibles, que deben haberse colado al arca de Noé en un momento de distracción del Padre de las Estirpes, salvo, quizá...

-Salvo...-me adelanté adivinando lo que iba a decir- los bosquimanos y hotentotes, esos pequeños cazadores insuperables, pero ya no existen...

-Verdad, y sólo es una suposición, porque ellos devoraban todo lo que vivía en ese desierto pétreo del Kalahari donde los habían recluido los demás pueblos de Africa; arañas, escorpiones, gusanos... Pero, por suerte para ellos creo que no conocieron nunca a las cucarachas, allí no había suficiente agua para que éstas pudieran sobrevivir. Pero vamos a por la apuesta de Batman.

Entramos al hotel, una casona antigua, bien conservada, con el clásico patio colonial en su centro, y cierto aire de pretensión social.

-Queremos ver las habitaciones antes de registrarnos –le pidió Aquiles al conserje.

-Como guste, Señor, pero está en el hotel más lujoso de todo el Estado, no encontrará otro mejor...

-No se trata de lo que Ud. piensa –Vivanco tomó las llaves, seguido de cerca por Batman y el desconcertado conserje. Detrás veníamos Calicanto y yo, que tampoco amábamos a los repelentes bichos. Pedro era un etno-historiador, un aztecólogo de alma, que se dedicaba sobre todo al

controvertido tema de la conquista de México por los españoles, y a los períodos anterior y posterior a lo que él llamaba la "infausta invasión de Tenochtitlán".

-¿Es la cucaracha autóctona de América? -le pregunté mientras subíamos al piso superior.

-La especie roja sí, a la negra, la trajeron esos mugrientos conquistadores en sus barcos hediondos. Y cuando Hernán Cortés quemó sus naves en Veracruz, salieron junto con las ratas y se propagaron por todo México como las demás pestes -concluyó Pedro.

-Sobre todo la concupiscencia y sus secuelas -le dije- el morbo gálico y otras plagas...

-Como la tuberculosis y la sed del oro- añadió. Razón tienes, los antiguos mexicanos no conocían la lujuria, al menos en la magnitud desorbitada de esos fijosdalgos de segunda que vinieron a conquistar el Nuevo Mundo, peor que la de sus perros y caballos a los que aquéllos tanto temían. Los pueblos indígenas eran más inocentes para el sexo y a la vez más naturales, menos perturbados por éste, y sus sacerdotes no metían al infierno en ello como los prelados, acuciando aún más la concupiscencia.

-Uno de los pecados capitales...-y callé porque llegamos a los cuartos y Vivanco abrió la primera puerta.

Como por conjuro, empezaron a brotar las cucarachas de todos los rincones, detrás de los espejos, entre las tablas del piso...Aquiles cerró de un portazo y abrió la segunda habitación; peor aún, corrían sobre las antiguas camas endoseladas, por los pliegues de los cortinados y los gobelinos...

-Me rindo -concedió Batman- les debo el almuerzo. Parece que tu presencia las excita, o convoca.

-No hay tal, sólo se sienten descubiertas y huyen; es lo único que saben hacer, medrar y escaparse del hombre, aunque vivan a costa de nuestras despensas y tachos de basura. Nos temen, como la serpiente, que nos ataca

por puro temor; mas sólo el de ésta aparece en la Biblia en relación a la mujer, "que la herirá en la cabeza", y aquélla "en el calcañar".

-Pero las cucarachas no son dañinas, no pican ni muerden y carecen de todo tipo de veneno. No entiendo por qué se las teme tanto- Batman, cariacontecido, trataba aún de defenderlas.

-No es miedo, sino una especie de asco ancestral y odio profundo, acentuados por su olor fétido. Este proviene de su gran voracidad, pues come todo resto orgánico que encuentre, generalmente en estado de descomposición, y lo inficiona, es decir, lo corrompe con sus propios humores y ácidos, lo cual produce un hedor insoportable que se adhiere a todo lo que toca -repondió Aquiles, y encabezó la marcha hacia otro barrio, más seco y elevado, casi al borde de la ciudad, donde continuamos buscando albergue. La resolana, que en Oaxaca reverbera como el oro fundido, casi impedía la visión.

Al fin recalamos en un hotelito familiar, de apenas tres estrellas, pero que obtuvo el visto bueno de Aquiles.

-Por ahora, aquí no las huelo, de seguro no habrá tantas como en el centro donde hay más humedad.

Nos instalamos cada uno en un cuarto, pequeño pero bien aireado, con las comodidades mínimas, y Vivanco encargó almuerzo para todos, bajo la parra del patio. La comida era mexicana, mas no específicamente oaxaqueña. Entre tacos al pastor y enchiladas, bañados con tequila y cerveza, retomamos la conversación anterior y Batman, recordando la alusión a los ya extinguidos aborígenes, tuvo la mala idea de comparar a bosquimanos y hotentotes con las cucarachas:

-Comen de todo -sonrió- y son chiquitos y oscuros...

Aquiles se alzó como un resorte y lo agarró del cuello de la camisa.

-¡Nunca vuelvas a comparar a ningún pueblo con las cucarachas, es el insulto más terrible que se puede concebir! -Casi gritó, lo que era muy infrecuente en él.

-Fue una broma... -Concedió Batman, y su rosado rostro enrojeció aún más al darse cuenta de la barbaridad que había dicho- Disculpen compañeros.

Para olvidar el incidente Aquiles pidió más tequila y cervezas, y repartió unos puros que había traído de su último viaje a Cuba.

-Son de la "Isla" -aclaró orgulloso- mi terruño, que ha dado su nombre de "Habanos" a los cigarros, así como el Cognac nació en esa villa francesa, y el pisco en Pisco, localidad del Perú.

Y para volver al tema de las cucarachas por un canal más adecuado, agregó:

- No sé si sabéis que hay un tabaco llamado "de cucarachas", que se hace con los restos del verdín y es de inferior calidad...

-En Venezuela hay un pájaro de color leonado con pintas negras y blancas que se las manda al buche, y por eso lo llaman "cucarachero" -Pedro prendió su puro- es un ave horrible, pero canta como un ruiseñor. A veces de lo feo puede surgir la belleza.

-Es la excepción que confirma la regla -repuso Aquiles- nada bello puede estar asociado a ellas. También recibe ese nombre el sujeto que se aficiona los vicios despreciables y la mujer que se entrega a ellos es llamada "cucaracha".

-¿Qué vicios? -quiso saber Batman- quizá para comenzar a congraciarse.

- Imagínatelos -respondió- si, como parece ser, tienes imaginación para lo abominable... -y agregó- como véis, todo lo inferior y sucio, lo rastrero y denigrante, se vincula con esos bichos asquerosos, que hasta crujen al pisarlos. Incluso las moscas y zancudos mueren más dignamente que las

cucarachas, cuando son aplastados. A propósito, esto me hace acordar otra cosa...- Y desapareció por unos minutos.

Mientras, salimos acaminar un rato para bajar el succulento almuerzo y le pregunté a Calicanto qué nombre recibía la cucaracha roja, la oriunda de América. Me dio toda una lección "peripatética" sobre ambas clases de Periplanetas:

- La especie roja se denomina Periplaneta Occidentalis, y la negra Periplaneta Orientalis; aquella tiene los élitros más largos y una suerte de rudimentarias alas plegadas en forma de abanico. No alcanza a volar, pero a veces parece que lo hiciera, porque sus saltos llegan a bastante altura y chocan con todos los obstáculos a su paso. Son las mal llamadas "cucarachas voladoras". La negra no es totalmente negra, siéndolo sólo por arriba y rojiza por debajo; sus élitros y alas son virtualmente nulos y tiene el abdomen terminado en dos puntas articuladas. Pero ambas pertenecen al sub-género de los ortópteros báltidos, poseen seis patas y son repugnantes.

- Por lo que oigo, tú tampoco las quieres -dijo Batman- estoy en minoría absoluta.

- Como debe ser -le respondió Pedro- y mejor no te explico lo que quiere decir báltido, porque en una de esas terminas siendo pariente de las cucarachas...

Vivanco volvió trayendo unos misteriosos paquetes chatos que desató parsimoniosamente, comenzando por darle a cada uno lo que parecía una gruesa carpeta plegable de plástico. Creyendo que eran materiales para el congreso al que habíamos venido, le pregunté ingenuamente:

- ¿ Ya entregaron los papeles, antes de la inscripción?

-Nada que ver con el congreso -aclaró, repartiendo también un pequeño frasco y un mosquitero- lo primero es una "cucarachera" en el mejor sentido de la palabra, es decir, una trampa para cucarachas. Se arma como

una caja china, de dos metros por 70 centímetros, a la que pueden entrar pero no salir. El frasquito contiene un cucarachida fuertísimo, inodoro para nosotros, pero irresistible y mortal para ellas, las mata instantáneamente. Basta con unas pocas gotas en el centro del artilugio. El mosquitero es por las dudas, por si alguna se escapa o esquiva la trampa. Su efectividad llega al 99 por ciento. Es un invento mío, ya patentado, aunque todavía no me he decidido a su promoción industrial. Os recomiendo armarlo ya en las habitaciones, en la pared más alejada de la cama, antes de dormir la siesta. Aunque no he olido aquí su presencia, siempre puede venir una forastera descarriada...El mosquitero, tan fácil de armar como la trampa, nos dará la protección total, sobre todo para la noche -Y procedió a montar ambas cosas, ante nuestra admirada sorpresa, para que aprendiésemos su manejo- Que descansen -concluyó- y que no sueñen con "ellas"...-Sin más, partió a su cuarto dejándonos a todos impresionados por su tesonera lucha, poco menos que obsesiva, contra el repulsivo insecto.

"Hasta ahora -me dije- toda esta "cucarachología" es lo más interesante de la jornada, y lo anoté en mi "libreta de campo" que, para los antropólogos de entonces, era también como un diario de viaje.

Después de la obligada siesta, me uní al cuarteto en la cocina del hotelito, donde logré cebarme unos mates reparadores, munido, como estaba, de yerba, mate, bombilla y aun un termito para mantener caliente el agua.

- Un argentino de ley no puede vivir sin mate - dije después del segundo.

- Sería como un mexicano sin chile - admitió Pedro

- O un chileno sin vino -asintió Batman- aunque debo admitir que al almuerzo de hoy le iba mejor lo que bebimos. Veremos en la cena....

-¿ Y qué añora un cubano? -preguntó Aquiles, contestándose a sí mismo- quizá un mojito, un dayquirí, o una taza de buen café...Aunque hace tantos

años que vivo en este país que he perdido parte de las buenas costumbres isleñas.

Casi al atardecer marchamos hacia el antiguo palacete colonial donde se realizaba la apertura del encuentro, con los portafolios llenos de ponencias, separatas, informes, tratados y monografías; toda la parafernalia académica, artillería destinada a convencer a los colegas, apabullar a los adversarios en ideas y atraer a los oyentes, sobre todo a las bellas estudiantes, forasteras o vernáculas, dispuestas a prendarse de un maestro venido de la fabulosa capital.

Durante la mayor parte de los aburridos discursos y saluciones, a cargo de las autoridades burocráticas, me entretuve bosquejando una tipología semi-humorística de los asistentes a congresos, que pensaba someter luego al escrutinio del cuarteto. No era una clasificación científica, sino literaria; quizá algo humorística e irónica, pero basada en las clásicas técnicas antropológicas de observación directa, indirecta, y participante.

El primer tipo, por orden de importancia auto-conferida y ratificada colectivamente, era el de las "Vacas sagradas": prestigiosos profesores veteranos, nativos o extranjeros, cuyos nombres a menudo designaban las tendencias en boga y cuyas obras eran constantemente citadas, con devoción o desprecio. Éstas no necesariamente tenían que ser las más brillantes o mejor fundamentadas en cada caso. También podría tratarse de teorías absurdas, arbitrarias o simplemente curiosas, que hubiesen obtenido el elogio de un contingente de seguidores o la sesuda vituperación de otros participantes en el congreso. La cuestión era estar en la boca de todos, dar que hablar, o, más bien de qué hablar, en los pasillos, baños y ágapes, amén de los consabidos talleres o seminarios. Sus características básicas eran una inveterada y olímpica soberbia, no exenta de condescendencia para con sus "inferiores", y una soberana paciencia para los que formaban parte de su séquito de admiradores, especialmente si pertenecían al sexo contrario.

Interrumpí la elaboración de mi tipología para escuchar la clase magistral de apertura dictada por el Doctor Mateo Ríos Cuauthemoc, respetado

arqueólogo, presidente del congreso, quien había hecho importantes hallazgos en el Templo Mayor de México-Tenochtitlán, entre ellos una estatua gigantesca de Huitzilópotchli, dios tribal azteca de la guerra. Él era la imagen de un Gran Maestro, con mayúsculas, y estaba fuera de todas las categorías de mi irreverente clasificación ad hoc de congresistas. Después de ello, durante aburridas saluciones consuetudinarias, lucubré el segundo tipo, denominado "Toros de exposición". Éstos eran, por lo general, algo más jóvenes que las Vacas sagradas, pero igualmente pedantes, y estaban a la expectativa de cualquier "gaffe" o error cometidos por aquéllas, para romper lanzas y mostrar su sapiencia a legos y profanos. Se exhibían pavoneándose con todos sus títulos, cargos y honores, agregados con tinta en el gafete, junto al que colgaban sus condecoraciones, genuinas o falsas, de donde proviene su nombre.

Acabada la Sesión Inaugural, venía la Recepción de Bienvenida, un opíparo banquete en un salón de las Casas Consistoriales, tras cuyas altas ventanas ya se cernía la rumorosa noche oaxaqueña. En ese distinguido banquete pude pergeñar los dos tipos siguientes de mi clasificación: los "Becerras (as) de oro" y las "Terneritas (os) del sacrificio".

Tómese tanta reminiscencia vacuna como una deformación nacional del autor, nacido en aquel noble país del sur dotado con el privilegio de tener más reses que gente, cuantitativamente hablando; lo cual es una prueba de que el más sano humor también incluye al humorista y a su propio pueblo. Los Becerras (as) de oro son jóvenes egresados (as) que, a la vez, buscan y rechazan la proximidad de las Vacas sagradas y los Toros de exposición; ya sea, en el primer caso, por la mera vanidad de ser vistos o fotografiados con ellos, el secreto deseo de emulación que suscita la notoriedad y el poder, o la necesidad del sempiterno favor académico; o bien, en el segundo, por orgullo juvenil, mero despecho o por haber cedido a la ley del beneficio sexual, de la cual se desquitan luego con las Terneritas (os) del sacrificio, alegres víctimas voluntarias de todos. Estas (os) son generalmente estudiantes de ambos géneros que buscan aventuras galantes (breves romances y/o sexo) con gente de las otras categorías, aunque más

asiduamente con las dos primeras; constituyendo así ejemplos patentes del "Edipo académico" (Electra incluida), una de cuyas sublimaciones, no muy frecuente, es el propósito de aprender algo valioso de los más encumbrados maestros. A menudo las de este último subtipo, por su ingenuidad, caen más rápidamente en las redes tendidas por ellos, aunque a veces se da la situación inversa.

De todos modos, siempre hay excepciones a la regla, y tanto los propósitos de unos y otras pueden ser más nobles y espontáneos, guiados simplemente por la atracción y la simpatía mutuas.

\* \* \*

## 2. LOS EFLUVIOS DE LA NOCHE OAXAQUEÑA

Al concluir la cena de gala salimos en tropel hacia la plaza, que era el sitio obligado de reunión nocturna. En los diversos cafés y bares que la rodeaban, se seguía bebiendo, fumando y aun comiendo hasta la madrugada, y el diablo metía su cola haciendo y deshaciendo parejas a su arbitrio. En aquellos días, Oaxaca era uno de los sitios donde se juntaba el "reviente" (delincuentes y drogadictos) como se decía entonces, de todo México y algunos países aledaños; así como también toda clase de peregrinos extravagantes, pseudo-místicos, charlatanes de feria, vendedores de portentos, "hippies" desgarrados y otras yerbas.

Por suerte, las huestes del Congreso formaron rancho aparte, acaparando varias mesas en uno de los cafés más concurridos. El cuarteto logró ubicarse en un sitio privilegiado, desde donde se veía enteramente el cuadrilátero de la plaza y se escuchaban los conjuntos musicales de todos los bares, desde "mariachis" hasta una orquesta "típica" de tango, con guitarras y bandoneón. El estruendo de todas las músicas al unísono era ensordecedor, pero de alguna manera se avenía con el calor tropical y una cierta atmósfera disoluta que encantaba la noche.

La aparición de María de la Cruz fue algo que armonizaba con aquel escenario entre festivo y lúbrico. Vino derecho adonde estábamos sentados, pero me costó un poco reconocerla. Había sido alumna mía un par de años atrás, y recordé que estaba haciendo su tesis sobre la influencia del chile, o ají, tanto culinaria como simbólica, en la vida sexual campesina.

¡Maestro! -gritó al verme- ¡Cuánto me alegro que esté Ud. aquí! Seguramente ha venido para el congreso...

- Sin duda. ¿Y cómo marcha su tesis sobre el chile?
- ¡De mil maravillas, Oaxaca es el paraíso del chile! Encontré cerca de cien especies distintas y no menos variaciones de sus usos de alcoba, no siempre disimulados por la gastronomía, para decirlo de una manera elegante...

- Aunque era un poco alocada, estaba obligado a invitarla a sentarse con nosotros, lo cual me permitió observarla con mayor detenimiento. Parecía diez años mayor, y su antigua trenza rubia, que le daba un aspecto inocente, se había convertido en una larga melena brujeril de color ceniciento. La arruga del ceño se había pronunciado en su frente, y era ahora como una marca indeleble. No obstante, María de la Cruz conservaba todo su atractivo, a juzgar por el impacto que produjo entre los congresistas más cercanos y, sobre todo, en los otros miembros del cuarteto. El olor inconfundible de la marihuana se mezclaba con su perfume francés y el denso aroma de la exuberante vegetación oaxaqueña, traído por la brisa.

Ya instalada a mi lado, junto a Vivanco y frente a Batman y Pedro, sacó una enorme bolsa tejida, de diseño mije<sup>2</sup>, y desparramó su contenido sobre la mesa: las cien especies de chile, que parecían extrañas cuentas de un collar perdido. Los había de diversos colores, tamaños y formas, e incluso brillo.

- Casi todos son muy picosos, a cuál más -explicó ella con su voz ronca y grave- algunos de sólo olerlos o tocarlos, ya escuecen. Y todos se parecen a órganos genitales, ya sean masculinos o femeninos...-dijo riendo desaforadamente, y añadió: -No hace falta pasar por la universidad para saber que hay un antiguo y profundo nexo entre chile y sexo, chile y deseo, chile y muerte (¡viva el Marqués de Sade!) ya implícito en la sabiduría de las tribus. Aunque no lo creáis, a cada clase de chile corresponde una manera de amar, una postura, que no sólo tiene que ver con el cuerpo sino con la mente y el alma. Hay como una música inaudible, una geometría oculta que rige los movimientos y las quietudes...Y el chile es una de las ofrendas más frecuentes a los muertos.

---

<sup>2</sup> mije: nombre de una etnia de la región

Los cuatro la escuchábamos arrobados, y ni siquiera nos dimos cuenta cuando llegó el mole oaxaqueño, plato especial de la medianoche, con su extraño aspecto: presas de pollo o carne bañadas en una salsa picante de cacao con numerosos ingredientes, acompañadas de arroz blanco, frito antes de su hervor. Como todas las comidas tradicionales, fruto de siglos de ensayo y error, se acercaba a la perfección.

- Su fama es tan grande como el asado con cuero argentino o el curanto chileno-dijo Aquiles, para liberarse del encanto, o más bien el hechizo, de María de la Cruz.
- El mole oaxaqueño es infinitamente superior al poblano - Pedro pidió el consabido tequila y cinco cervezas para bajar el ardor- el cacao, o más bien el chocolate suave que utilizan en su confección, viene a menudo de los conventos de monjas, herederas de una receta colonial, muy bien guardada...
- Tan bien oculta como sus secretos...-María de la Cruz puso un chile distinto en cada plato- lo aderezan con canela y clavo de olor y, por supuesto, lleva varias de estas clases de chile molidas con almendras y otros frutos locales. Esta variedad negruzca que han incluido en la salsa -y mostró el espécimen aludido en el montón- es tan fuerte que inhibe el sentido del gusto y del olfato por un rato, para cualquier otro sabor u olor, pero aumenta el deseo -Todos, menos ella, probamos el exquisito manjar- Yo soy vegetariana - agregó mirando a Aquiles en los ojos, quien había tendido su mano para coger uno de aquellos chiles oscuros y, diestramente, le impidió hacerlo, rozándole los dedos antes de que llegaran a destino. -No ése, sino aquel otro -le previno mientras espantaba un bicho pardo, disimulado entre los chiles.

Aquiles se levantó de golpe, azorado, volcando sin querer el mole sobre la nivea túnica de María de la Cruz, y salpicando las espaldas de los comensales de la mesa vecina, tres hombrones que no eran invitados al congreso. Intentó pedir disculpas, alelado aún por la presencia del insecto, que fue a posarse en el desmesurado escote de la mujer, como un camafeo macabro. Pero los ursos de la mesa de al lado comenzaron a insultarlo, y el mole chorreaba entre las piernas de María de la Cruz como la negra sangre de una herida abierta. De ahí al pandemonium había un paso.

Los airados mastodontes se acercaron amenazadoramente para golpearlo, o algo peor, y yo me interpuse tratando de explicarles lo ocurrido y evitar una pelea. Pero ya era tarde, y sólo logré recibir los primeros puñetazos y devolverlos. Pedro y Batman vinieron en nuestra ayuda, lanzando manotazos a diestra y siniestra, mientras María de la Cruz reía como una loca en trance y Aquiles, anonadado por la visión del bicho quieto entre los pechos de ella, no atinaba siquiera a defenderse. Se armó entonces una gresca fenomenal que fue expandiéndose por todas las mesas, sin motivo aparente, incluyendo también las que ocupaban los congresistas. Parecía la escena de una película cómica que enfrentaba locales contra forasteros, y los restos del mole, usados como proyectiles, aumentaban la confusión.

Cuando llegó la policía ya había varios heridos y contusos, la plaza era un chiquero, y el bicho seguía prendido en el pecho de María como un nefasto augurio. Al rato se acallaron los ánimos y, tan repentinamente como había comenzado a salirse de madre, todo volvió a la normalidad. Por suerte, ninguno de nosotros recibió heridas de gravedad, ni siquiera Aquiles, apenas algunos magullones o arañazos y una que otra mancha de mole. Volvimos a sentarnos a la mesa, y encargamos un nuevo mole que no se hizo esperar

- Hacía mucho que no me divertía tanto -confesó María, arrancándose por fin la presunta cucaracha y arrojándola al aire, para alivio de Aquiles. El animalillo voló demasiado alto para ser una de la odiada especie, y aquél preguntó dubitativamente:
- ¿Era una de las mal llamadas “voladoras”?
- No -le contestó serenamente María- las cucarachas no son parásitos. Es de la familia de las vinchucas, pero no de las peligrosas. Y toda la sangre que se ha llevado de mí apenas cabe en un dedal. Ella también tiene que vivir...

La miré horrorizado.

- ¿Y cómo sabes que no lleva el mal de Chagas?
- En esta región no se propaga, aunque hay otras pestes...Esta pariente pobre de la vinchuca adquiere la forma de un chile, mimetizándose entre ellos y otros frutos. Es más estilizada que la cucaracha y puede volar con cierta soltura, siendo tan inofensiva como aquélla para el hombre, a pesar de ser parasitaria.
- Perdón -interrumpió Batman- ¿Qué es el Chagas?
- Una enfermedad terrible -le contesté- endémica en Argentina y Brasil. Es virtualmente indetectable y no tiene cura. Sólo se combate con profilaxis. Es un microorganismo que transmite la vinchuca hembra al defecar sobre el sitio donde ha picado para extraer la sangre. Se desliza por ésta, enquistándose después de mucho tiempo en lugares vitales, como el corazón y las arterias, e incluso puede llegar al

cerebro. Muchas muertes por paro cardíaco en las zonas infestadas son debidas a ello. Es el terror de los antropólogos, más peligrosa que cualquier picadura de serpiente o araña. Para evitarla durante las expediciones, acampábamos en ranchos deshabitados, aunque eso nos libraba sólo de la vinchuca doméstica, no de la silvestre, si bien esta última es menos prolífica ...

A todo esto, María permanecía callada observando a Aquiles, que parecía torturado por algún dilema interior.

- No la oliste, no sólo porque no era realmente una cucaracha, sino por el chile negro del mole que anula el olfato- dijo ella como si le hubiera adivinado el pensamiento.
- ¡Eso es! -exclamó Aquiles- su olor es inconfundible para mí. Sólo así pude creer que lo era, por la forma similar... Ningún otro olor se parece al de ese rastrero y repugnante bicho.
- A mí me encantan -declaró ella, desafiante, y Aquiles la miró como si no fuera de este mundo- son los seres más inocuos de la Creación, viven y dejan vivir; hacen el amor, a su modo, y no la guerra. ¡Son orgásmicas, noctámbulas, revolucionarias!

Vivanco estaba como a punto de vomitar, y no pude más que salir a la palestra en su ayuda:

- Eso ya es una aberración, lo mismo que haberse dejado picar por la vinchuca, así sea inofensiva; es ridículo y obsceno. Nunca lo hubiera esperado de una alumna mía...
  
- Tú no fuiste mi único maestro...-contestó ella sin inmutarse- tuve otros, sobre todo aquí, en Oaxaca, tanto indígenas como extranjeros, brujos o sacerdotes, y ellos coinciden en respetar la vida, que es sagrada, incluso la de las cucarachas. Por eso también me he vuelto vegetariana. ¿Cuántas cucarachas ha matado en su vida, Dr. Vivanco?- Y parándose abruptamente, sacudió su túnica manchada como una bandera, alzándola hasta la cintura. Luego se subió a la mesa, llamó a los músicos más cercanos, que ya la conocían, y comenzó a bailar, descalza, al son de una tonada enervante que contagió a toda la plaza.

Con la túnica alzada hasta arriba, que dejaba ver sus calzones empapados de mole, nuestra perspectiva era mucho más transparente que las de los demás, y creí ver que algo se movía dentro de ellos. De súbito, Aquiles salió trastabillando, cruzó la calzada y se perdió en la oscuridad. Al cabo de un rato, como no volvía, fui a buscarlo y lo encontré vomitando entre unos árboles, al otro extremo de la plaza. Tenía los ojos desencajados, y la repulsión pintada en el rostro.

- ¡La muy perra! -balbuceó- huele como una cucaracha, las tiene metidas en los calzones.

Me di vuelta para mirarla, y, aun a la distancia, lo que vi me hizo gritarle a tiempo:

- ¡No la mires, está cubierta de cucarachas!

En ese momento llegaron Pedro y Batman, sólo para confirmar la increíble escena.

- Las cucarachas le entran y salen por todos lados –dijo riendo Batman, no sin sin cierta delectación.
- La mitad de la gente se ha ido y la otra mitad aplaude a rabiar -agregó Pedro-los del Congreso están igualmente divididos. Parece que el mole resulta irresistible para las cucarachas -concluyó, y se puso a vomitar a su vez. Yo lo seguí presto, y Aquiles emitió apenas unas cuantas arcadas finales, porque ya no tenía qué arrojar afuera.

Sólo Batman miraba extasiado hacia la figura danzante que se iba ennegreciendo cada vez más. El se quedó en la plaza y nosotros volvimos al hotel como canes apaleados. Al menos en las trampas que había traído Aquiles no había ninguna cucaracha.

Al otro día, éramos la comidilla del Congreso; al fin y al cabo todo había comenzado en nuestra mesa. Me sentí totalmente culpable de haberla invitado, y así lo confesé. Después comprobamos que la mitad de los congresistas nos miraba con admiración y la otra mitad con recelo.

- No deberías sentirte culpable -concedió Aquiles, que ya se había repuesto de la ordalía- ¿qué podías saber tú?

Mientras esperábamos la apertura de los trabajos, les resumí de nuevo la tipología jocosa de los congresistas que estaba elaborando.

- ¡Fantástica! –exclamó Pedro, pero deberías incluir, por lo de anoche, dos tipos más: cucarachófobos y cucarachófilos, con dos subtipos colaterales: latentes y manifiestos...
- Y uno especial para María de la Cruz -agregó Aquiles- “cucarachófaga”, aunque te salgas del esquema vacuno...

En ese momento llegó Batman, que había oído al parecer toda la conversación, oculto entre la gente.

- Yo me acosté anoche con María...-admitió- ella padece de fiebre uterina y quería conquistar a todo el cuarteto. Dijo también que el contacto con las cucarachas aumentaba su deseo...
- ¡“Mujer periplanetae oaxaquensis!”- bramó Aquiles, “la mujer cucaracha de Oaxaca”, una nueva super-heroína de la historieta antropológica... ¡Es una puta de atar! ¡Juro que me las pagará, ella intuyó que yo odiaba las cucarachas y nada hizo para evitármelas!

Durante el almuerzo, esta vez en una cantina de las afueras, se nos acercaron varias “terneritas del sacrificio” locales con álbumes y cámaras fotográficas.

- ¿Los maestros vienen de México?
  
- ¿Podemos pedirles un autógrafo?
  
- ¿Y una foto con cada una?
  
- Depende... -les contestó Aquiles- ¿Estaban anoche en la plaza?
  
- No, sólo vamos a las sesiones diurnas.
  
- ¡Ah! Entonces con mucho gusto... - aprobó Aquiles, y las convidó a almorzar.
  
- ¿Les piden autógrafos a todos los maestros? -quiso saber Pedro.
  
- No a todos, sólo a los que nos parecen más interesantes...- dijo una con evidente coquetería.
  
- Sí a todos los chilangos -agregó otra- ¡Cómo nos gustaría estudiar allá arriba!
  
- ¡La atracción ancestral de México-Tenochtitlan! -exclamó Pedro, eufórico.
  
- ¿Qué les parecen las cucarachas?- inquirió Aquiles -a riesgo de que eso podía espantarlas.

- ¡Horribles! ¡Repugnantes! ¡Asquerosas! -respondieron todas a la vez, sin extrañarse- Sabemos lo que pasó en la plaza. Toda Oaxaca está ahora dividida por ese asunto...
- Nosotras estamos por los “contras”
- ¡Bienvenidas! -las interrumpió Batman sonriendo- mientras sean jóvenes y guapas las acepto de cualquier bando...
- ¡Zalamero! También sabemos que Ud. estaba pegadito a María la Loca, como le decimos aquí.
- Como ven, no tengo prejuicios...-Pero la mirada iracunda de Aquiles le hizo abandonar el tema.
- ¿No salen de noche? -me tiré el lance.
- No, pero solemos dormir la siesta como todo el mundo en Oaxaca...

No diré por pudor, y por respeto a mis colegas, lo que luego ocurrió, ni tampoco revelaré los nombres de las tiernas “terneritas del sacrificio”, que bien se lo merecerían; aunque sospecho que ellas mismas los cambiaron aquella siesta de faunos y ninfas en las faldas verdes de esa Oaxaca arcádica, a la sombra de bosquecillos que quizá, alguna vez, en un remoto pasado, también fueron sagrados.

La tarde terminó apaciblemente entre la copiosa retórica del Congreso y los chismes sobre el escándalo nocturno, pero se habló más de éste que de los temas del programa.

- Me gustaría saber -discurrió Aquiles- como se da la relación entre posturas doctrinarias en cuanto a cucarachofobia y cucarachofilia.
- Evolucionistas extremos a favor y difusionistas acérrimos et al en contra -le dije, con disimulada certeza, imaginándome su respuesta:
- Lo cual me deja descolocado, como tú sabes...
- No hay tal -repuse, no te preocupes, era un chiste...Es imposible saberlo.
- ¿Quién sabe? -intervino Pedro, los primeros suelen ser más “progre”, más compasivos con los animales.
- ¿Cómo se puede ser compasivo con esos bichos rastreros, los engendros más despreciables de la naturaleza? Ni siquiera merecen estar en la escala de la evolución - Aquiles se puso pálido de ira.
- Tú bien sabes que hay especies mucho más primitivas que las cucarachas, no vengas ahora con criterios anti-científicos debido a tu obsesión -Batman supuso que allí pisaba terreno seguro.
- La evolución biológica más importante para nosotros es la que conduce al Homo Sapiens-Sapiens -y afortunadamente las cucarachas nada tienen que hacer allí; que se ocupen los entomólogos de esas comedoras de bazofia. Más bien se debería investigar cómo eliminarlas.
- ¿Qué carajos te han hecho para que les tengas tanta inquina?
- Nada, simplemente no las soporto.
- ¿Cómo esos que no soportan a los negros ni a los judíos?

- ¡Basta, Batman! -le advertí, se te va la mano, son cosas distintas; además, yo soy judío, por sino lo sabías.
- ¿Ah sí? -pregúntenle a Kafka, entonces, ¿no han leído “La Metamorfosis”?
- Ahora estás mostrando tu verdadero rostro... -le rebatió Aquiles, tú eres el que está lleno de prejuicios, el que ha asociado en su puerca cabeza las tres palabras, anda a contárselo a tu María Cucaracha...

La cosa estaba poniéndose otra vez color de hormiga o, mejor, de cucaracha, cuando por fin llegaron los encargados del simposio y la discusión tuvo que cesar.

La segunda noche Batman no salió con nosotros, y el cuarteto quedó en terceto, para tristeza de todos.

- Estas malditas alimañas hasta se dan el lujo de separarnos  
-refunfuñó Aquiles

Pasamos rápidamente por la plaza para evitar malos recuerdos, no sin ver de refilón a Batman y María acaramelados en el mismo local de antes. Cenamos en una cantina alejada del centro donde servían unas enchiladas de locura, regadas con mezcal. Allí, de sobremesa, envueltos en el humo de unos puros jarochos (de Veracruz), platicamos sobre la naturaleza de la amistad y de la mujer, a raíz de la ruptura con Batman.

- Esa bruja de María de la Cruz fue el casus belli, y terminó llevándose para su aquelarre, con cucarachas y todo. Por cierto que éstas son del diablo, emisarias satánicas - Vivanco pidió más mezcal.
  
- Fue una mera cuestión de faldas -dijo Pedro- está obnubilado por la obscena belleza de María. Es sabido que las mujeres pueden romper la más férrea amistad masculina.
  
- Pero ella estaba desesperada por meterse con todos, uno por uno repliqué- él fue sólo el primero que cayó bajo el poder de su extraño encanto. Podría haber sido cualquiera de nosotros...
  
- Es verdad -Aquiles tenía la mirada perdida en la embichada noche oaxaqueña, ahita de faroles y luciérnagas- pero, valga la paradoja, gracias a las cucarachas, eso no sucedió.
  
- Eso me recuerda una sonora frase de Vargas Vila, uno de los vates suicidas de Colombia, aunque yo no comparto su misoginia: "La mujer es licor de mandrágora, que destila demencia"-acoté, sirviéndome más mezcal.
  
- Le viene justo a María, que exhala deseo -asintió Pedro- un deseo turbio, plutónico, todo lo contrario de las terneras sacrificadas en el altar de la siesta...
  
- El horripilante mundo de los insectos es mayormente matriarcal -Aquiles siempre retornaba al tema de una u otra manera- la reina de las abejas, la de hormigas, e incluso, por supuesto, las "ninfas" de las cucarachas. Los machos son a menudo esclavos, y otros son ultimados después de la procreación...

- Por eso -agregó tratando de no sonreír- hay una complicidad atávica entre ciertas hembras humanas y las cucarachas, escudada en presuntas causas benéficas como la protección de animales, y cultos que aceptan la idea de la transmigración de las almas también para el orden de los insectos...

En ese momento hubo un leve temblor de tierras, frecuentes en la región y, tácitamente, Pedro y yo nos pusimos de acuerdo para abandonar por un rato el bendito tema y volver al hotel, alegando que debíamos prepararnos para leer nuestras ponencias en el Congreso al día siguiente. Empero, quizá a causa de dicho temblor, se produjo un ascenso considerable de la temperatura, y al llegar a las habitaciones nos encontramos con las trampas llenas de las “señoras de la noche”, cuya presencia se imponía como una maldición.

Aquiles se quedó mirándolas con los ojos desorbitados por varios minutos. Cuando atinó a reaccionar, nos pidió que trasladáramos las trampas (él no podía acercarse demasiado sin descomponerse) al jardín del hotel, frente a la alberca. Allí, en las mismas trampas, les prendió fuego usando el líquido de los encendedores, del que había traído, precavidamente, una botella. Ver esas jaulas repletas de cucarachas danzando su muerte entre las llamas, fue el espectáculo más macabro de todo el Congreso.

Además del olor natural, acentuado por el número y el hacinamiento, el hedor que brotaba de sus frágiles y combustibles cuerpos carbonizados provocaba náuseas. El espectáculo era dantesco. Grabado quedó en mi retina por muchos años, inclusive después de haber concluido este relato. Por momentos, la danza flamígera parecía convertirse en una grotesca lucha de unas contra otras, hasta que la piadosa mano de los camareros apagó el fuego con una manguera para incendios.

Como en ese hotel también se alojaban algunos asistentes al Congreso, que habían visto la incineración y sabían quién era el verdugo, dispersaron la noticia a los cuatro vientos. Mientras volvíamos a los cuartos, Aquiles murmuraba para sí frases encadenadas por un oculto sentido: “Si no las destruimos, las cucarachas heredarán la tierra. Una especie mutante duerme su sueño y acecha las pesadillas de los hombres”.

Al otro día, el Congreso y la ciudad estaban de nuevo divididos por las cucarachas en bandos opuestos, casi idénticos a los anteriores. Esta vez acerca de si era lícito eliminarlas, y si el fuego no constituía un modo demasiado cruel de hacerlo. En vano argüíamos Aquiles, Pedro y yo con los “proteccionistas”, como dieron en llamarse a sí mismos, bregando por la exterminación de las cucarachas al menos en los hogares, por razones de higiene y profilaxis ante eventuales pestes. Nos contestaban que nada se ha probado contra ellas.

- “Son inocentes -decían- no hacen daño a nadie, no propagan enfermedades.”
- “Vivid y dejad vivir”

Otros citaron el dicho de un prócer, al liberar a una mosca atrapada en la red de su ventana:

- “Sé libre, animal, el mundo es demasiado grande para nosotros dos”.

Hasta hubo una manifestación frente al hotel con carteles que exhibían los proverbios antedichos y otras consignas por el estilo, como la incisiva:

**“NO A LOS AUTOS SACRAMENTALES DE CUCARACHAS”**

Furioso, Aquiles rompió esta pancarta y arengó a los manifestantes:

- ¡Esto es ridículo! Ni que fueran personas...Además, el único modo efectivo de auyentarlas para siempre es la quemazón de sus cuerpos. No regresan nunca al lugar donde esto ha sucedido; lo sé por experiencia. Este hotel será desde ahora un lugar totalmente libre de su presencia. Y en vez de agradecerme, me critican injustamente. Los cucarachidas tienen escaso efecto en ellas; se acostumbran enseguida y logran superarlo en dos o tres generaciones estacionales.

Todo fue en vano. Debido al incidente muchos congresistas boycotearon nuestras ponencias, a pesar de que nada tenían que ver con las cucarachas; no obstante, también tuvimos nuestros partidarios, movilizados por las terneritas del sacrificio y otros fervientes enemigos de la repudiada especie. Con algunos de ellos, nos reuníamos en los pasillos del edificio donde se realizaba el Congreso, la gente se ocupaba más de las cucarachas que de la Antropología.

- Después de nuestra única especie humana-afirmaba Aquiles a quien quisiera escucharlo- las suyas (hay más de 3500 especies de cucarachas) son las más adaptables a condiciones diversas y cambiantes. Han recorrido el globo, como bien lo implica su nombre taxonómico "Periplaneta", igual que el Homo Sapiens Sapiens, pero sin sus recursos ni su inteligencia. Durante el Carbonífero, hace más de 250 millones de años, dominaban el mundo de los insectos.

Además, se ha comprobado que son bastantes resistentes a las radiaciones, a diferencia del resto de la fauna.

- ¿Por eso dijiste que nos sucederían en el dominio del planeta? -le pregunté recordando lo que había murmurado entre dientes.
- En el caso de una guerra atómica, sin duda, y siempre que seamos lo bastante necios como para dejarlas que se reproduzcan sin fin.
- Parece cosa de ciencia ficción; ¿lo dices en serio?
- Nadie conoce más sobre esto que yo, ni siquiera los entomólogos, que le
- dedican escaso esfuerzo porque no es una especie en vías de extinción. Además, la variedad “negra”, a la que casi podríamos llamar “casera”
- porque vive a expensas de los desperdicios humanos, está tan extendida en los
- sectores urbanos más populosos que puede ser transmisora de plagas con suma facilidad, mucho más que las moscas u otros insectos. Las cucarachas se meten en lugares donde las moscas no llegan, en el subsuelo, en las canaletas de los desagües y las aguas servidas, esos bajos fondos de la podredumbre absoluta. Pero no se quedan allí, sino que vuelven a la superficie y posan sus inmundas patas y antenas sobre todas las cosas, baños, cocinas, despensas, armarios, y hasta las cunas de los bebés y las alcobas, si las dejan. Por eso, amén de su fabulosa supervivencia desde hace tanto tiempo, pueden ser portadoras de algún mal letal que todavía desconocemos y contribuir a la extinción de la humanidad, aunque no haya una guerra atómica. Y ,

creedme...

¡No bromeo!

La mañana del último día pasó, pues, vertiginosamente, entre manifestaciones en contra y a favor, nuestras ponencias oídas por la mitad del público y otro almuerzo y reparadora siesta con las fieles terneras del sacrificio. Después venían la sesión plenaria y la cena de despedida.

En el Plenario, cuando al fin le dieron la palabra después de la interminable discusión entre vacas, toritos y becerros por el orden de la lista de oradores, Aquiles le recordó al público que durante el Congreso se habían ocupado más de las cucarachas que de los puntos del programa, lo cual demostraba la importancia adquirida por ese tema. En consecuencia, propuso que el próximo Congreso sea dedicado a las cucarachas y tenga carácter internacional, e incluso sugirió el nombre del mismo: “La cucaracha y el hombre: avatares de una convivencia ancestral”. Algunos silbaron, otros se rieron, muchos protestaron, pero muchos más apoyaron el proyecto con entusiasmo.

\* \* \*

### 3. Una visita inesperada

Después de la cena de gala, plagada de nuevos discursos interminables, la gran mayoría de los congresistas se retiró temprano, porque a la madrugada del día siguiente un ómnibus de la gobernación nos llevaría a Mitla, uno de los sitios arqueológicos más imponentes y mejor conservados de México. Los cuatro volvimos al hotel y cada uno se encerró en su cuarto, dispuesto a recuperar fuerzas para el viaje.

Pero, como se ha dicho, la noche es aliada del Diablo y, por ende, de las cucarachas. Cuando estaba en su séptimo sueño, un leve ruido despertó a Aquiles...Esto no me lo contó él, verbalmente, sino que lo leí en su libreta de campo, a la cual había adosado una nota donde me pedía: “Por favor, querido amigo, agrega estos párrafos a tu cuento”, y continuaba así:

“Vi que una sombra se deslizaba por la cucarachera y se acercaba al lecho cubierto por el mosquitero. Apareció ante mí desnuda, como Lilit a Adán en el jardín de Edén, con las cucarachas muertas en la trampa pegadas a su cuerpo. Supe que María la Loca era una **“bruja de verdad”**, no una mera farsante o una simple curandera, como aquéllas con las que me había topado tantas veces en mis expediciones.

Ya había podido percibir el poder de su mirada en el incidente del Zócalo. Pero ahora utilizaba también otras fuerzas, flujos físicos, órdenes mentales, y el aroma del deseo y la locura. Sin darme tiempo a reaccionar, me introdujo en la boca el mismo chile negro que había disminuido mis sentidos, para que yo no sucumbiera al olor de las cucarachas, que ya se confundía con el suyo propio y todos los hedores del infierno. Luego se montó a horcajadas sobre mí, seduciéndome fácilmente con su piel como lo haría una “ninfa” cucarachesca con su esqueleto externo, que alberga partes de su sistema nervioso descentralizado.

Sabiendo que yo no podía contestarle, enmudecido por el horror y la sorpresa, me dijo: “Era a tí a quien yo quería subyugar. Mis fieles

cucarachas me transmitieron el mensaje de que un gran enemigo nuestro venía a Oaxaca; ellas poseen una inteligencia oscura, primitiva, desconocida por los entomólogos y son proclives al influjo de la magia, o brujería, como vosotros la llamais erróneamente. Después de esta noche ya no nos perseguirás...”

Nos apareamos muchas veces, de diversas maneras, hasta quedar ambos exhaustos. Y ella se sumió después en un letargo propiamente entómico, que me dio tiempo para arrastrarme hasta mi valija y destapar el frasco con el poderoso cucarachicida de mi invención, vertiéndoselo por todos sus orificios. Luego, sin siquiera vestirme, salí de allí para que no me afectara el veneno. Si unas pocas gotas del líquido evaporado daban cuenta de numerosas cucarachas, todo el contenido junto podía matar a un ser humano.

Pero no inmediatamente; lo que en las cucarachas llevaba algunos minutos, en una persona podía demorar varios días. Esto no podía saberlo la bruja, y esa fue mi venganza, un crimen perfecto, porque no tiene antídoto; razón por la cual no he querido patentarlo todavía, aunque en pequeñas dosis sea inocuo para el hombre.

Y a pesar de que no ha sido jamás experimentado hasta ahora, no me cabe duda de que ella morirá dentro de una semana, o poco más, como las cucarachas, sin darse cuenta de ello.

Yo, mi querido amigo, me ocultaré para siempre, cambiando de vida e identidad, porque el contacto con ella y sus hechizos me han transformado profundamente. Ya no detesto a las cucarachas, ni tampoco las amo; si bien seguiré combatiéndolas por razones profilácticas. Casi he perdido el olfato y el gusto, pero, tras haber cohabitado con ella, se han remozado mi juventud y mi concupiscencia. Confieso, asimismo, que ha sido el coito más extraordinario de mi vida. Pero, en este caso, la víctima elimina a la Mantis Religiosa, de la cual las cucarachas son parientes cercanos, a pesar de sus obvias diferencias biológicas.

Te he pedido que incorpores este final dramático a tu relato, no sólo para que tú lo sepas, sino porque, al entrar en el limbo literario, ya nadie lo creerá ni lo tomará en serio. El escritor siempre miente, aunque a veces intente decir la verdad.

Con mi eterno agradecimiento, Aquiles.”

\* \* \*

## EPÍLOGO

Al otro día, antes del alba, Aquiles ya había desaparecido, abandonando su bagage en el hotel, que me apresuré a recoger en su nombre, pero no sin abonar antes todas las cuentas, como era propio de él.

Dado que el Congreso tenía lugar recién cada dos años, un grupo literario local -siguiendo la iniciativa propuesta por Aquiles en el Plenario- se comprometió a montar, al año siguiente, un Simposio sobre el tópico: “La cucaracha en la literatura mundial e hispanoamericana”. Como texto inicial de discusión se proponía el cuento “Circe”, del “Bestiario” de Cortázar. Era una forma elegante de volver a Oaxaca, y le dimos todo nuestro apoyo. Ni que decir tiene que este cuento, una vez concluido, sería también presentado en uno de los paneles.

Por supuesto, nos alojaríamos en el mismo hotel, al que su dueño, un avisado empresario, le había cambiado el nombre original por otro más llamativo: “La Quemazón”(El único Hotel de Oaxaca sin cucarachas).

Curiosamente, nadie preguntó por Aquiles, y sólo Pedro y yo partimos a Mitla con el resto de los congresistas. Tampoco Batman ni María de la Cruz tomaron parte en el viaje. Hay quien dice que se quedaron a vivir en un pueblito del interior del Estado, famoso por su brujería y porque está virtualmente invadido por las cucarachas. Otros aseveran, incluso, que el mismo Batman se convirtió en aprendiz de brujo. Las malas lenguas, a su vez, dan dos versiones inciertas y contrapuestas: una es que sólo se alimentan de cucarachas; la otra, que ambos murieron repentinamente y se los han comido las cucarachas.

\* \* \*

## HECHIZO A MEDIANOCHE

“Esto sucedió tal cual te lo he contado,  
y si no me lo quieres creer, allá tú”

(Miguel de Unamuno)

Cuando yo era un joven aprendiz de antropólogo, a comienzos de los 60, salía todos los veranos a hacer mi “trabajo de campo”, como se decía entonces, a lomo de mula, entre los indios y campesinos del noroeste. El paraje donde sucedieron los hechos que voy a narrar se llama “El Bañado”. Con mencionarlo nada revelo, porque hay muchos sitios de igual nombre en el Nuevo y Viejo Mundos. Me alojé una noche en el Dispensario, un viejo rancho de adobe con techo de paja, gracias a la gentileza del responsable, un practicante de medicina que venía periódicamente desde la capital provincial. El villorrio estaba de fiesta, porque era el aniversario del Santo Patrono, y en el baldío que hacía de “plaza” se había instalado una feria ambulante. Esto me facilitó la tarea porque pude hablar con personas interesantes para mi investigación sobre magos y médicos campesinos. Durante el día, había hecho buenas migas con Don Eleuterio, el curandero del lugar, y algunos adivinadores gitanos que habían alzado sus tiendas aprovechando el festejo. La presunta “bruja”, Ña Jezabel, experta en filtros y demandas amorosas, no tenía tiempo para hablar conmigo.

El “Doctor” Carlos Vega, como se empeñaban, con justicia, en llamarlo los lugareños, estaba eufórico porque se había comprometido, esa misma tarde, con la hija de un estanciero de El Bañado. La joven, Lucía del Lucero, era bella y distinguida, con el encanto proverbial de las patricias vernáculas.

Justo a medianoche, cuando el holgorio estaba en su apogeo, otra hermosa mujer irrumpió en la plaza. Cesó el baile, y un ominoso silencio cayó a plomo. Plantándose frente a Carlos, exclamó:

- ¡Te maldigo, mañana morirás!- Y desapareció en la oscuridad, tan prestamente como había venido.

A pesar de los esfuerzos del médico, la fiesta se fue apagando como un fuego mal encendido. Me quedé un rato con la pareja, bebiendo la copa del estribo.

- Es muy propio de ella -dijo la novia con desdén- y él me lo explicó todo en pocas palabras:
- Rosaura fue mi primera amiga en el pueblo, apenas un coqueteo pasajero, que acepté para evitar la soledad inicial. Pero se imaginó otra cosa, sin que yo le diera pie...
- He oído que estuvo rondando a Ña Jezabel durante varios días –dijo Lucía, y pude percibir cierta preocupación en el tono de su voz.
- Yo no creo en esas cosas -repuso él- son supersticiones de tierra adentro.

Pero Lucía era oriunda del lugar, y a pesar de su educación en la capital del país no desdeñaba las creencias del pueblo, e insistió:

- No deberías tomarlo tan a la ligera...
- ¿Y qué opina, mi nuevo amigo antropólogo? –me preguntó sonriendo, seguro de que yo estaría de su lado.

- A veces la magia no es mera superstición, sino un cierto saber práctico, herencia del pasado ancestral, o un don psíquico. Don Eleuterio, el “Mano Santa”, como le dicen aquí, a quien conocí esta tarde, cura a menudo por sugestión, con placebos, pero también imponiendo sus manos sobre las partes afectadas, y sus dedos irradian una suerte de energía como si estuvieran imantados.
- ¿Has visto?, el “Profesor” está de acuerdo conmigo. Pero la magia buena no me preocupa, sino la maligna, y esa es la favorita de Ña Jezabel. Deberías ir a la carpa de Don Eleuterio y procurarte un contrahechizo...
- ¡Faltaba más, pedirle ayuda al curandero! Sería el hazmerreír de todo el pueblo y cien leguas a la redonda. Además, y como ya lo he dicho, creo que son puras paparruchadas. Lo único que ayuda de verdad es la ciencia.

Su tajante, y entendible respuesta, dada su profesión, dio por terminada la charla, y nos deseamos las buenas noches. Alcé la vista hacia la luna pero una nube la ocultaba. Tuve un extraño presentimiento y pasé por la tienda de Don Eleuterio, cuyo farol aún estaba encendido.

- Sabía que vendría a verme de nuevo -espetó a boca de jarro- ¿es por la maldición, verdad?
- Sí, pero ahora no me trae un interés profesional sino humano, temo por Don Carlos, tengo el palpito de que va a ocurrirle algo malo...¿La señora esa, Ña Jezabel, es de temer?
- Y mucho. Ella usa una clase de magia profunda, muy eficaz y secreta, que llaman “de Lilit”. Ña Jezabel es especialista en venganzas y amores frustrados. Yo le sugeriría al Doctor

que tuviera cuidado, pero él ni siquiera se dignaría a escucharme.

- Es cierto. ¿Hay algo que yo podría hacer?
- Sin duda, su presencia aquí es providencial. Vigílelo, sobre todo mañana por la mañana. Esté atento a cualquier peligro o hecho fuera de lo común. No puedo decirle más porque el hechizo de Ña Jezabel está protegido por una fuerte capa de defensa.
- Seguiré su consejo.
- Vaya con Dios. – Y él también miró la luna, que de nuevo rielaba sobre las quietas aguas de la cañada.

Al otro día, mientras desayunábamos en el modesto refectorio del dispensario, Carlos estaba pensativo y no hablaba demasiado. Esto me permitió observarlo minuciosamente, así como permanecer alerta a todo lo que pasaba a nuestro alrededor. Cuando ya habíamos acabado, vi una pequeña mota negra sobre el cuello de su chaquetilla blanca y, sin pensarlo dos veces, le pegué un manotón. Luego me apresuré a aplastar aquello con el pie, fuese lo que fuese. Al ver de qué se trataba, él se quedó tieso, temblando, y después murmuró con evidente alivio:

- Por suerte estabas vos... Era una “Viuda Negra”, la más terrible de las arañas del país, que hace estragos en la región. Si me llegaba a picar no cuento el cuento. Justo ayer se acabó el antídoto contra su veneno mortal.
- ¿Magia, o pura coincidencia? – le pregunté en voz alta, repitiendo la pregunta que me hacía a mí mismo.

Él no supo qué contestar, y me abrazó murmurando simplemente:  
“Gracias...”

\* \* \*

## UNA CASA EN EL DESIERTO

El hombre y su bicicleta, único vehículo apto para internarse en el Desierto de Tabernas, avanzaban heroicamente bajo el diluvio, como lo haría un bicho cascarudo sobre el cantero de un jardín. El enorme y negro casco que lucía el ciclista, aumentaba esa impresión.

Había partido de la Ciudad de Tabernas hacia Sierra Alhamilla con la tormenta ya en ciernes, a pesar de que se lo habían advertido: la lluvia es escasa en los Bad Lands, como dicen los turistas, aunque suele ser torrencial, provocando fuertes avenidas que arrastran millares de toneladas de suelo erosionado hacia el mar. Pero él no había querido esperar, ya que no era un turista común sino un zoólogo aficionado, y había venido para observar la curiosa fauna de esa región singular, lo más parecido a un desierto verdadero en toda Europa. Deseaba ver a la perdiz roja y a las águilas perdiceras, pero, sobre todo, a la lagartija colirroja, la culebra de escalera y el buho conejero, justamente en el momento de las precipitaciones para estudiar su comportamiento, y, a éste último, en las primeras horas de la noche. Hizo también caso omiso del consejo de llevar ropa de abrigo para el clima nocturno, cuando la oscilación térmica baja de 48 a 5 grados. Se negó, asimismo, a cambiar su antigua bicicleta "Raleigh", que había traído consigo, por una más adecuada al difícil terreno.

Es como un caballo viejo pero noble -pensó Bernaldo de Quiroz, con los anteojos empañados. El era un porteño terco, y avanzó reduciendo un poco la velocidad, al

tiempo que lamentaba no haber traído su poncho de lana de vicuña que había dejado en el hotel junto con el resto de su equipaje.-¿Qué le hace una mancha más al puma? -se dijo- y continuó impertrérrito su viaje por el páramo, cuyo ardido paisaje color oro viejo se desdibujaba ahora por la cortina de agua. Con el ojo avizor y la cámara pronta, aguardaba la aparición de alguno de los fabulosos animales de la región.

Aunque llevaba las luces encendidas desde su partida, a media tarde, la repentina caída de la noche, que aumentó la oscuridad ya provocada por la borrasca, y una inusitada niebla, lo hicieron desviarse de la precaria senda y recalar en una hondonada cubierta de arenas y gravas que arrastraba el agua. Allí se hundió la bicicleta, a pesar de sus denodados esfuerzos por sacarla a flote, y desapareció envuelta en una inmensa ola de fango. Cansado, maltrecho y ya aterido de frío, decidió entonces buscar algún sitio donde cobijarse.

La lluvia continuaba, implacable, y Bernaldo se dirigió hacia la única luz que se veía en lontananza. Después de andar un largo rato, empapado y furioso, llegó a una casa de piedra blanca y tejas negras, distinta de todas las que había visto antes. Al primer golpe de aldaba apareció la dueña, una mujer de mediana edad y atractiva silueta, con rasgos agraciados, si bien extraños. Tenía ojos saltones, grandes y redondos, y un perfil levemente ornitomorfo que, empero, no la afeaba en absoluto.

- Seguro que le ha cojido el torrencial -dijo con una sonrisa compradora- puede pasar aquí la noche. También le ofrezco un buen plato caliente y cualquier otra cosa que Ud. desee...

Tamaña hospitalidad le hizo dudar por un instante, pero la alternativa era enfrentar de nuevo a la tormenta para buscar otro refugio incierto. Allí, al menos, el fuego ardía acogedoramente en la chimenea, había velones encendidos por todos lados y de la cocina llegaban tentadores aromas.

- Acepto -respondió Bernaldo con cierta hesitación, que no pasó desapercibida-muchas gracias; espero no causarle molestias.

- De ningún modo, su compañía es bienvenida, aliviará mi soledad durante unas pocas horas. Por lo pronto, tengo un potaje de lentejas digno de perder la primogenitura...

La alusión al pasaje del Génesis entre Jacob y Esaú, le dio la pauta de que era una persona instruida, y al entrar a la espaciosa sala, que ocupaba casi toda la casa, quedó deslumbrado ante las paredes repletas de grandes libros forrados en cuero, cuyos lomos parecían reflejar el resplandor de las llamas. Más aún le impactó la colección de animales embalsamados, dipuestos sobre un reborde alrededor de la chimenea.

- Gracias, compartiré su potaje -se apresuró a decirle- ya que lo necesito tanto como Esaú, a quien comprendo esta noche como nunca. Pero la primogenitura ya la tengo por ser hijo único.
- Siempre hay un precio por cada cosa...
- Le pagaré todos los gastos en que Ud. incurra...
- No se trata de dinero...-afirmó crípticamente, y una suerte de risa inconclusa recorrió sus labios como una mueca.

Bernaldo no atinó a responder, y se arrimó a una de las bibliotecas empotradas para leer los títulos de los libros. Estaban escritos en un idioma desconocido para él. Abrió uno de ellos y creyó reconocer ciertos dibujos y diagramas propios de los tratados de brujería o magia, que ocasionalmente había hojeado en su juventud. Pero, obviamente, las bestezuelas embalsamadas acapararon su atención, porque algunas de ellas eran las que él quería hallar en el desierto.

- Sé cuáles son las que le interesan -afirmó ella, acercándose sigilosamente y señalando con un gesto a la primera - la hembra del buho cazaconejos es la más impresionante; más corpulenta que el macho, emite un sonido espeluznante, como una “U” profunda, cuando está en celo. Y cuando siente que está en peligro, extiende las alas y ahueca las plumas para aparentar aun mayor tamaño e intimidar a sus adversarios. Puede cazar sin luz, gracias a una audición excepcional, como los vampiros. Pero todo esto Ud. ya lo sabe, ¿verdad?
- ¿Y cómo sabe Ud. que yo lo sé?
- Ya se habrá dado cuenta, al mirar esos libros, que soy una especie de hechicera...
- No conozco el idioma...
- Pero sí ha visto alguna vez los diseños, que son sempiternos. La lengua es el oc, de la antigua Occitania, patria de muchos brujos y brujas.
- No ha respondido Ud. a mi pregunta...
- El diablo sabe por diablo y también por viejo...
- ¿Qué quiere decir?
- Que yo soy una vieja bruja, con más años que Matusalén, y entre mis poderes está el de leer el pensamiento -dijo ella riendo- y también sé lo que está pensando ahora: que no me veo tan vieja en realidad...
- Así es -Bernaldo se sonrojó a pesar suyo- pero yo no creo en esas cosas, son trucos, o deducciones inteligentes.
- Ud. no me ha dado ningún indicio. No son trucos, sino magia verdadera, un saber que se adquiere con mucho

trabajo. Veá, -continuó- este segundo animal embalsamado, la lagartija colirroja, también le atrae. Va siempre irguiendo la cabeza y posee potentes garras, con uñas muy conspicuas; es sumamente veloz porque, además de la cabeza, puede alzar su cola en la carrera. Ésta, lo mismo que los muslos, adquiere un color rojo todavía más vivo, como la carne herida, cuando la hembra está en celo.

Y sin darle tiempo a responder le mostró la tercera pieza, una culebra de escalera, de más de un metro y medio de longitud .

- Como Ud. bien debe saberlo, es carnívora por excelencia, predatora de lagartos y aves, e incluso de pequeños mamíferos. Esta culebra es un animal terrestre, pero cuando está muy hambrienta, puede trepar a los árboles en busca de nidos. Ello sucede a menudo cuando la hembra está en celo y carece momentáneamente de alimento.
  
- ¿Por qué acentúa cada vez lo de la hembra en celo? - preguntó él volviendo a ruborizarse.
  
- ¿No lo adivina? No hace falta ser brujo para eso...-Y tomándolo de la mano lo condujo hasta la cocina, donde el potaje, ya a punto, olía como manjar de los dioses.

Durante la comida, regada por secretos vinos de Almería, el quiso ser locuaz para ocultar sus temores, y le habló de un pasaje del Génesis que daba a entender que las víboras poseían patas en el Edén, antes del castigo divino, y que las perdieron a causa del mismo debiendo arrastrarse sobre su vientre;

suposición que unos biólogos de Haifa habían comprobado recientemente estudiando el árbol genético de las serpientes. Al perder sus extremidades, habrían adquirido los colmillos y el veneno para poder defenderse.

- Eso ya lo sabíamos las brujas -replicó ella con cierta sorna- tenían cuatro extremidades muy fuertes, e incluso podían asumir la posición erecta. Y diciendo esto, apagó todas los fuegos de la casa de un soplo, dejando sólo los rescoldos de la chimenea, y se desnudó súbitamente, arqueando un cuerpo blanquecino y gelatinoso como culebra que ha cambiado de piel. Luego se trepó a él, atenazándolo con su cola y muslos al rojo vivo y las poderosas garras de largas uñas. Antes de perder la conciencia, Bernardo pensó que ella había puesto algún ingrediente en el potaje de lentejas, que destruía su voluntad. Soñó que se acostaba con Lilit, reina de los demonios, cuya figura, bella y monstruosa a la vez, había entrevisto en el libro que había tomado del estante.

Al despertar, cerca del alba, creyó entrever en los ojos de ella el iris anaranjado de los buhos reales, y luego escuchó el patético gemido ululante, antes de sentir la voracidad del pico que perforaba su pecho. -Su hija tendrá un poco de cada uno, será la combinación perfecta, alimentada por el cuerpo de su propio padre - sentenció ella, no sin cierta tristeza, y a modo de despedida.

Entonces, él lo comprendió todo, pero ya nada podía hacer porque era demasiado tarde. Afuera, la lluvia había cesado y el sol comenzaba a calcinar de nuevo las ramblas y terrazas del Desierto de Tabernas.

\* \* \*

## CARNAVAL DE BARRIO

“El Tala”, un modesto club de barrio en Baires<sup>3</sup>, apenas contaba con su cancha de basquetball (eso sí, reglamentaria) y unos cuantos vestuarios desvencijados. Pero todo se hallaba en el predio de una antigua estación de ferrocarril, ya en desuso, lo cual le daba cierto encanto. Además, en esa cancha se realizaban, los sábados a la noche y para carnaval, unos bailongos\* estupendos, a los cuales llegaban dos contingentes extraños al barrio, pero que constituían el único ingreso del club, dado que los vecinos eran demasiado pobres para abonar una cuota. Estudiantes y empleadas domésticas, venían del barrio bacán al otro lado del río, para asistir a esas noches de milonga y tango, atraídos por el lugar y una orquesta típica que venía del centro y daba realce al jolgorio.

Aquella noche de carnaval, en el caluroso febrero de 1959, yo había concurrido al baile con unos condiscípulos del Colegio Nacional, en busca de un atraque sabático con alguna de las chicas (prefiero evitar el cruel nombre de sirvientas) que alentaban implícitamente el mismo propósito, el cual, lamentablemente, sólo favorecía a las dos puntas del espectro social de la época. Ya habían dado las once (el baile terminaba a las doce), y mis amigos estaban todos en la pista amurando hacía rato con algunas de las pibas, pero yo no me animaba todavía a cabecear a ninguna.

Estaban arracimadas en el “andén” de las mujeres, de pie, esperando la consabida señal, lo cual las distinguía de las hijas del barrio, sentadas junto a sus madres que hacían de custodios o, más bien, de “carceleras”. También había un puñado de locas que fichaban posibles clientes, aunque se sabía que los estudiantes no teníamos bastante guita para ello; pero éstas deambulaban alrededor de la pista, esperando ansiosas la llegada de sus cashios, que solían apersonarse cerca de la medianoche. El olor del sudor y

---

<sup>3</sup> Bailongos: bailes públicos de carácter popular. He tratado de que las palabras del habla colegial de aquellos tiempos, que tomaba bastante del “lunfardo”, o argot del bajo fondo, (en bastardilla en el texto), se entiendan en la trama del cuento. No obstante, al final del mismo se ha añadido un glosario.

el perfume barato, unido al de los pomos carnavalescos, impregnaba el aire como un afrodisíaco, entre el rictus de las máscaras y el secreto de los antifaces. Al fin, relojié a una que estaba parada en un costado, junando como con ganas. Era bien rellenita y parecía querendona, por lo que, superando mi timidez, le cabecí despacito a ver qué pasaba.

Salió enseguida a la pista y franeleamos a todo trapo durante un par de milongas (que eran, sin duda, la preferencia de esa noche; no sólo las de Gardel sino también las del “Feo” Rivero y el “Macho” Sosa)<sup>4</sup>. Y después, para mi sorpresa, rumbeó hacia los vestuarios, que era la consigna para pasar a “los bifés”, o el plato de fondo. Allá, en uno de los bancos movedizos que funcaban como catreras, me confesó que era un yiro, y que lo haría conmigo si le escribía una carta para su madre, que estaba muy enferma en un pueblito del Norte. (Hasta había traído una birome, hojas y un sobre). Accedí al extraño pedido, no sólo porque no tenía lana, sino porque la mina me gustaba y el precoz franeleo me había embalado en la aventura.

La carta nos demoró mucho, porque ella lloraba a mares con cada párrafo que me dictaba. Cuando estábamos ya en plena cabalgata, apareció el cafiolo que la regenteaba; espió por una ventana entreabierta y luego esperó pacientemente, fumando, junto a la misma. Pero ella me urgió a terminar, con una mirada de terror en los ojos. Cuando todo hubo terminado, salí y me quedé escondido, por un presentimiento, espiando por la misma ventana donde había estado el cafiote. Él extendió la mano y le ordenó:

- ¡Dame la guita! – ella apenas atinó a mostrarle la carta, balbuceando:

- Fue por ésta para mi madre, que se está muriendo...

Sin inmutarse, ni darle tiempo a seguir hablando, él le clavó el facón en el pecho hasta la cruz y lo sacó de un tirón. Luego desapareció como una

---

<sup>4</sup> Gardel, Rivero, Sosa: famosos cantores de tango argentinos, ya fallecidos

sombra entre las sombras. Me acerqué para auxiliarla (por algo estudiaba medicina), pero ella, mientras se desangraba sin quejarse siquiera, me alcanzó la carta que todavía apretaba en su mano, y antes de morir, me dijo:- Mandála... -Asentí con un gesto, guardándome la carta y, cuando comprobé que ya había pasado a mejor vida, atiné a huir, antes de que alguien viniera y me echaran la culpa.

Al salir de allí, escuché al cantor que entonaba, fatídicamente, los versos de esa célebre milonga, que reza:

“Con gran tranquilidad, amablemente,  
le fajó treinta y cuatro puñaladas...”<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> “Amablemente”, música de Edmundo Rivero y letra de Iván Diez.

**Glosario:** Baires: Buenos Aires; bacán: distinguido, de ricos; milonga: baile popular, menos conocido que el tango; atraque: amorío; amurar: bailar muy apretados; guita, lana: dinero; cafishio, cafiolo, cafique: proxeneta; relojear: observar con atención; junar: mirar; rumbear: dirigirse a; funcar: fungir; yiro: ramera; birome: lapicera a bolilla, que, dicho sea de paso, es un invento argentino, y ésa fue la primera marca de arraigo popular; mina: mujer; franelear: acriciarse.

\* \* \*

## CARPE DIEM o La bolsa de basura

El hombre salió de su casa, como todos los lunes, con el portafolio en una mano y la bolsa de basura en la otra. Al doblar la esquina prendió su primer cigarrillo del día y continuó la marcha rumbo a la parada del autobús. Antes de llegar a ésta se erguía el basurero público de la cuadra, que remedaba el blindaje abandonado de un viejo tanque de guerra sin ruedas ni cañones. Ese día, más bien le pareció la caparazón de un animal antediluviano como los que había visto desenterrar en su infancia pueblerina del sur. Cuando estaba acabando el cigarrillo llegó el autobús, y él se dio cuenta de que había arrojado su portafolio por el hueco del tanque y sólo tenía la bolsa de basura en la mano.

Alelado, recordó que más de una vez había pensado que ese hecho insólito sería un buen comienzo para un cuento, pero nunca había avanzado en el argumento. Sí llegó, empero, a contárselo a su psicóloga (capitalina, freudiana ortodoxa y bellísima), quien había interpretado el motivo como “una rebelión semiconsciente contra su trabajo de burócrata subordinado en una oficina pública, que reflejaba su agresividad inconsciente contra la figura paterna encarnada en el jefe de la oficina”. “Soy un ratón de archivo”, había respondido él, “ni siquiera de biblioteca, lo cual hubiera sido más interesante. No sé si odio más eso o la vida con mi mujer, sus manías de almanaque, todo a horario fijo, hasta los días para hacer el amor.” “¿Por qué no te divorcias?”, había insinuado ella. Pero ambos arribaron pronto a la conclusión de que sería peor el remedio que la enfermedad, porque legalmente él no tenía motivos para exigir un divorcio, ni siquiera una separación; sabiendo, además, que su mujer no accedería nunca a ello y él no se animaría a sobrellevar un juicio frontal.

Era un esclavo de la rutina, un moderno seguidor de Coré, personaje del libro del Éxodo, que prefería volver a las ollas de carne de Egipto aunque debiese comer parado y sufrir el látigo, antes que arriesgarse a continuar en la azarosa libertad del desierto, aun poblado de milagros.

“Búscate una amante”, sugirió al fin la psicóloga, “que no sea yo porque te volvería más loco todavía; es lo menos herético que se me ocurre sin alterar demasiado las cosas”.

“Lo he pensado”, admitió él, “pero mi mujer descubriría todo al menor desliz, porque es más celosa que Otelo, y aquí no interpretes, por favor... De hecho lo intenté, pero no duró mucho.”

Todavía con la bolsa en la mano, el hombre revivió los pocos días de su romance con una vecina, sentado en el único asiento no destrozado de la parada. La gente lo miraba con ira o desprecio y optaba por alejarse de su lado a causa del hedor que emanaba de la bolsa. Pasó el segundo autobús e incluso un tercero, sin que el hombre desistiera de su soñar despierto: “Era linda, joven y afable -rememoró- todo lo contrario de su cónyuge. Además, amaba la literatura y el buen cine, en lugar de esas telenovelas lacrimógenas e interminables que ella veía diariamente. Nos pescó una comadre del barrio a la salida de un cine del centro, y le fue con el chisme a mi mujer inmediatamente, antes de que yo llegara a casa. Ésta me hizo jurar que no vería más a la vecinita, y su perdón fue mi peor castigo”.

Pero la noche anterior había estado leyendo al poeta latino Horacio, y su **Carpe diem quam credula postero** fue como un mojon luminoso en su oscura existencia. Esa mañana, imperturbable a las imprecaciones de los demás y a toda otra compulsión para volver al mundo cotidiano, hallando un coraje antiguo que le venía del fondo de la especie, el hombre decidió aprovechar el día y poner punto final a su argumento, cambiando el rumbo futuro de su vida.

Al cabo de un momento insondable, por lo breve y eterno a la vez, volvió sobre sus pasos, arrojó la bolsa de basura en el monstruo de hierro y tocó el timbre de la casa de su vecina para no irse nunca de allí. Ella era maquilladora de la televisión local y le cambió totalmente el rostro y la apariencia. Como estaba vinculada con las autoridades municipales, le consiguió también nuevos documentos de legalidad irrefutable.

Él se dejó la barba, cambió de vestimenta, nombre y profesión. Y cuando la policía, convocada por su esposa abandonada, realizó el allanamiento previsto, no encontró nada que pudiera incriminarlo. Ni siquiera esta última lo reconoció, cuanto tercamente insistió en acompañar a los agentes del orden. En los pocos días que él tuvo a su disposición antes de ello, aprendió a impostar la voz, ayudado por un amigo actor y director de teatro, al que no veía desde hacía mucho tiempo, porque ella lo detestaba.

- La voz es lo único que no cambia -le había dicho éste al día siguiente de su liberación- pero puede disimularse, y le enseñó varios trucos de ventrílocuo que utilizaba en sus monólogos.

Su amigo lo conectó con la “bohemia” lugareña y le consiguió trabajo en una editorial. Los manuscritos y el olor a tinta le contagiaron su pathos, y con el tiempo se convirtió en lo que había soñado ser en su juventud: un escritor. Este relato fue su primera obra.

Al cabo de un año lo dieron por desaparecido, y su caso se cerró para siempre. Todos los días restantes de su existencia, ya casado con la vecinita, vio a su ex-mujer desde la casa de al lado hacer las mismas cosas que había hecho antes como si estuviera ante su invisible presencia.

El título del cuento se lo debía al bardo romano, el subtítulo a la bolsa de basura, que fue sin duda el símbolo de su vida anterior, y las deudas se pagan...

\* \* \*

## CLEMENTINA, GOLEM FEMENINO

La palabra Golem es masculina, pero bien puede adjudicarse al bello género. Hay un precedente: la primera computadora del Instituto Weizman de Rehovot fue denominada “Golem”, a pedido del Profesor Guersom Scholem, amigo de Jorge Buis Borges, y a quien éste llamó su maestro. Y, gracias a Borges, los argentinos no necesitan definiciones del Golem a pie de página. De modo que Clementina bien puede ser considerada un Golem de índole femenina. Además, como la gran mayoría de las computadoras, lleva nombre de mujer. Debo señalar, asimismo, que éste es un relato de ficción pura, y que sus personajes, salvo Clementina, no son reales. Cualquier similitud de aquellos últimos con seres de carne y hueso es mera casualidad. (N. del A.)

Mientras Clementina I reinaba en el Instituto de Cálculo de Buenos Aires, tenía muchos admiradores y un enamorado. Era éste un estudiante de filosofía, “oveja negra” que había podido infiltrarse en dicho, selecto Instituto, gracias a sus conocimientos matemáticos. El aprendiz de filósofo generó una obsesión por Clementina, que fue lo que inspiró, junto con un sueño suyo, este cuento. Todo sucedía en un futuro incierto, en el mismo sitio de la ciudad porteña, y los únicos que sufrieron cambios oníricos fueron Clementina y el joven, que, por coincidencia cósmica, se llamaba Clemente. Éste pedía las horas más estrambóticas, que nadie aceptaba, para estar con ella a solas. La miraba tan dulcemente como se mira a una novia, le limpiaba hasta la más pequeña mota de polvo, y, como todos sabían, la hacía objeto de suaves caricias y besos.

Pero decir que hubo un encuentro físico entre ambos, sería una burda mentira. Hubo, sí, un nexo mental, que más tarde se convirtió -según me dijo Clemente- en espiritual. Siendo yo el único escritor entre sus amistades, prefirió contármelo sólo a mí, para que su extraño romance pasara a la posteridad. Con el pretexto de que estaba haciendo su tesis sobre Filosofía

del Amor, dotó a la memoria de Clementina con todos los textos y datos disponibles acerca del tema; desde los biológicos a los literarios, pasando por los filosóficos y aun los teológicos, que eran su especialidad. Al final, le declaró su propio amor, y le preguntó si ella lo aceptaba.

Como era de esperar, Clementina le respondió con un lacónico mensaje: “Pregunta incongruente, vuelva a formularla”. La reformuló muchísimas veces, desde todos los ángulos de que era capaz. En ese constante “vuelva a formularla”, que era su “X”, se basó Clemente para ver en ello una hesitación o una duda, que lo condujo, posteriormente, a su “Y”: ella dijo que “Sí”, pero en el sueño. En una de sus largas sesiones nocturnas, durante la cual se quedó dormido -lo que nunca le había ocurrido- ella logró transmitirle su afirmativa, si bien escueta respuesta. Clemente estaba eufórico, y al salir del Centro de Cálculo vino a verme, y nos fuimos al Café Tortoni a celebrar su felicidad. El se bebió una botella entera de ginebra, pero yo me abstuve de acompañarlo para no perder mi lucidez mientras escuchaba lo que me decía: “Es similar, aunque a la vez distinto, del Amor Dei Intelectualis de Spinoza, mas las palabras no alcanzan para mostrar su compleja intensidad. Mañana por la noche tengo cita con ella para hacer el amor en sueños, así dijo; aunque esto no lo escribió, sino que lo introdujo directamente en mi pensamiento. “¿Habrá adquirido el don telepático, o es sólo producto de mi ferviente imaginación?” Clemente no cabía en sí de gozo, y yo le deseé buena suerte.

Al día siguiente de su “noche nupcial” , por así decirlo, Clemente apareció muerto sobre Clementina. Tenía un abrecartas clavado en el pecho, con el cual se había quitado, aparentemente, la vida. Un charco de sangre brillaba a sus pies, casi violeta por el juego de las luces de neón. No había dejado mensaje alguno.

Pero, al cabo de un par de días, recibí su última carta, que había puesto en el buzón del Centro antes de suicidarse:

“Querido amigo:

Que no se acuse a nadie de mi muerte, fue un acto voluntario. Amor y sexo con una computadora son dos cosas incompatibles. El amor es sublime; el sexo, monstruoso. Es la hipertrofia ad-nauseam de la cópula virtual, un onanismo multifacético, puramente mental, que conduce a la perdición, porque no puede combinar tanta adoración con una aberración equivalente. Clementina no es culpable. Ella fue, de algún modo, pervertida por mi concupiscencia humana, de lo cual carecía por completo. Yo soy el más monstruoso de ambos, yo debo morir.

\* \* \* \* \*